

drian descubrirse con mucha frecuencia caracteres normales que aparecen espontáneamente, a pesar de las difíciles condiciones del ambiente; aunque rechazados por ser desconocidos, efectúan nuevas tentativas para salir a través de los obstáculos y predominar.

Podría decirse que las energías normales del niño inspiran el perdón como la voz de Cristo: «No sólo habéis de perdonar siete veces, sino siete veces siete».

Así también la naturaleza profunda del niño vuelve a florecer no siete veces, sino siete veces siete, ante la represión del adulto. No es, pues, un episodio pasajero de la vida infantil que ataca sus caracteres normales; es la lucha debida a la represión continua del adulto.

LA PREPARACION ESPIRITUAL DEL MAESTRO

El maestro que creyera poder prepararse para desarrollar su misión, únicamente por la adquisición de conocimientos, se equivocaría: ante todo, debe crearse ciertas disposiciones de orden moral.

El punto básico de la cuestión depende de cómo se debe considerar al niño; punto de vista que no puede examinarse desde el exterior únicamente, como si se tratara de un conocimiento teórico sobre la manera de instruirlo y educarlo.

Debemos insistir en la necesidad de que el maestro se prepare interiormente, estudiándose a sí mismo con constancia metódica; es preciso que logre suprimir los defectos, intrínsecos en él, que serían un obstáculo en sus relaciones con los niños. Y para descubrir estos defectos, alojados en la conciencia, es preciso un auxilio exterior, una *instrucción*. Es necesario que alguien nos indique lo que hemos de ver en nosotros mismos.

Es en este sentido, diremos que el maestro ha de ser *iniciado*. Se preocupa excesivamente de las «malas inclinaciones del niño», de la manera de «corregir los actos incorrectos» de la «herencia del pecado original».

Por el contrario, debería comenzar por investigar sus propios defectos, sus tendencias al mal.

«Quítate primero la viga que tienes en el ojo y sabrás quitar luego la pajuela que se halla en el ojo del niño».

La preparación interior no es una preparación genérica. Es muy distinto buscar «su propia perfección» como la consideran los religiosos. No es necesario, para llegar a ser educadores, pretender llegar a «seres perfectos, exentos de toda debilidad». Una persona que busca constantemente la manera de elevar su propia vida interior, puede permanecer inconsciente de los defectos que le impiden comprender al niño. Es necesario que nos enseñen y que nos dejemos guiar. Hemos de ser educados, si queremos educar.

La instrucción que facilitamos a los maestros, consiste en indicarles el estado de ánimo más conveniente a su misión; como el médico indica el mal que ataca el organismo.

He aquí un consejo eficaz:

«El pecado mortal que nos domina y nos impide comprender al niño es la cólera.»

Y como un pecado nunca se manifiesta solo, pues arrastra otros pecados, a la cólera se asocia un nuevo pecado, de noble apariencia, pero muy diabólico: el orgullo.

Nuestras malas tendencias pueden corregirse de dos maneras: una, interior, que consiste en la lucha del individuo contra sus propios defectos, claramente comprendidos. La segunda tiene un carácter exterior: es la resistencia exterior a las manifestaciones de nuestras malas tendencias. Es muy importante la reacción de las formas exteriores; es el medio que revela la presencia de los defectos morales, el generador de la reflexión. La opinión del prójimo vence el orgullo del

individuo; las circunstancias de la vida, la avaricia; la reacción del fuerte, la cólera; la necesidad del trabajo para vivir, la pereza; las convenciones sociales, la lujuria; las dificultades de obtener lo superfluo, la prodigalidad; la necesidad de parecer digno, la envidia. Estas circunstancias exteriores no dejan de ser una advertencia continua y saludable. Las relaciones sociales sirven para mantener nuestro equilibrio moral.

Sin embargo, no cedemos a las resistencias sociales con la misma pureza que obedecemos a Dios. Si nuestra alma se amolda dócilmente a la necesidad de corregir con buena voluntad los errores que hemos reconocido, acepta menos fácilmente el control humillante de los demás; nos sentimos más humillados de tener que ceder, que de haber cometido un error. Cuando es necesario rectificar, una defensa de nuestra dignidad mundana nos impulsa a simular que hemos elegido nosotros mismos lo inevitable. La pequeña simulación que consiste en decir «no me gusta» aplicado a cosas que no podemos tener, es una de las costumbres más extendidas. Oponemos esta pequeña simulación a la resistencia y entramos de esta manera en la lucha, en lugar de iniciar una vía de perfección. Y como en toda lucha, el hombre siente la necesidad de organizarse, la causa individual se fortalece en una lucha colectiva.

Los que tienen el mismo defecto, tienden instintivamente a protegerse, buscando la fuerza en la unión.

Disimulamos nuestros errores bajo la afirmación de elevados deberes ineludibles; así, en tiempo de guerra las máquinas y artefactos de destrucción se disimulan bajo el aspecto de campos inofensivos. Y cuanto más débiles sean las fuerzas exteriores que reaccionan contra nuestros defectos, con mayor comodidad construimos nuestros disimulos defensivos.

Cuando alguien de nosotros es atacado por sus propios

defectos, vemos la habilidad con que el mal se esfuerza en ocultarse de nosotros mismos. Ya no es nuestra vida que defendemos, son nuestros errores, dispuestos a cubrirlos con la máscara que hemos llamado «necesidad», «deber», etc... Y lentamente nos convencemos de la verdad de que nuestra conciencia sabía estar en falso y que es cada día más difícil su rectificación.

El maestro, y en general todo el que quiera educar al niño, ha de sacudirse de esta situación de errores que falsean su posición en presencia de aquél. El defecto fundamental, compuesto de orgullo y de cólera, ha de presentarse a la conciencia del maestro, completamente desnudo. La cólera es el defecto principal, al que el orgullo ofrece una máscara seductora, la toga de la dignidad que hasta puede exigir el respeto.

Pero la cólera es uno de los pecados que más fácilmente choca contra la resistencia del prójimo. Así es preciso frenarla y el hombre que sufre la humillación de guardarla oculta, acaba por avergonzarse de ella.

No implica en nosotros dificultades, sino un camino llano y expedito el encontrarnos frente a seres incapaces de defenderse y de comprendernos, como los niños, que creen cuanto se les dice. No solamente olvidan las ofensas, hasta se sienten culpables de cuanto les acusamos.

Bueno es que el educador reflexione profundamente sobre los efectos producidos por esta situación en la vida del niño. En éste, la razón sola no comprende la injusticia, pero el espíritu la siente, oprimiéndose y deformándose. Las reacciones infantiles —tímidez, mentiras, caprichos, lloros sin causa aparente, insomnio, miedo excesivo— representan el estado inconsciente de defensa del niño, cuya inteligencia no llega a determinar la razón verdadera, en sus relaciones con el adulto.

La cólera no significa la violencia material. De la ruda

impulsión primitiva se han derivado otras formas, bajo las que el hombre psicológicamente refinado, disfraza y disimula su estado.

En su forma más simple, la cólera es una reacción a la resistencia abierta del niño, pero delante de las oscuras expresiones del alma infantil, la cólera y el orgullo se amalgaman para formar un estado complejo, asumiendo la forma precisa, tranquila y respetable llamada tiranía.

La tiranía no merece discusión; coloca al individuo en la fortaleza inexpugnable de la autoridad reconocida. El adulto domina al niño en virtud del derecho natural que posee simplemente por el hecho de ser adulto. Entrar en la discusión de este derecho, equivaldría al ataque de una forma de soberanía establecida y consagrada. Si en la comunidad primitiva el tirano era el mandatario de Dios, para el niño el adulto es la misma divinidad, sobre la que no hay discusión posible. El que podría faltar a la obediencia, es decir, el niño, ha de callarse. Se adapta a todo, cree cualquier cosa y después lo olvida todo.

Si llega a manifestar alguna resistencia, difícilmente será una contestación directa e intencionada a la acción del adulto. Será preferentemente una defensa vital de su integridad síquica, o una reacción inconsciente de su espíritu oprimido.

Creciendo aprenderá a dirigir su reacción directamente contra el tirano; entonces el adulto sabrá vencerle con una liquidación de cuentas con justificaciones todavía más complicadas y tortuosas, convenciendo al niño de que esta tiranía se ha ejercido para bien suyo.

Por una parte, el respeto; por otra, el derecho legítimo a la ofensa; el adulto tiene el derecho de juzgar al niño y de ofenderle, haciéndolo sin tener en cuenta su sensibilidad. El adulto puede dirigir o suprimir según le convenga, las exi-

gencias del niño. Las protestas de éste serán consideradas como insubordinaciones, actitud peligrosa e inadmisibles.

He aquí un modelo de gobierno primitivo en el cual el sujeto paga su tributo sin derecho a reclamación alguna. Han existido pueblos creyentes de que todo lo que poseían eran donativos de su soberano; así es en el mundo de los niños, que creen deberlo todo a los adultos. ¿No es el adulto que se ha forjado esta creencia? Se ha adjudicado el papel de creador y en su orgullo inaccesible cree haber creado todo lo que existe en el niño. Es él que le hace inteligente, bueno y piadoso; que le confiere los medios de entrar en relación con el ambiente, con los hombres, con Dios. ¡Trabajo impropio! Para que el cuadro sea más completo, niega que ejerza la tiranía. ¿Ha existido jamás algún tirano que haya confesado que sacrificaba a sus propios súbditos?

La preparación exigida al maestro por nuestro método, es el examen de sí mismo. La renuncia a la tiranía. Debe expulsar de su corazón la cólera y el orgullo; ha de saber humillarse y revestirse de caridad. Estas son las disposiciones de alma que ha de adquirir, la base esencial de la balanza, el punto de apoyo indispensable de su equilibrio. En esto reside la preparación interior: el punto de salida y la meta.

Esto no significa que deba aprobar todos los actos del niño, ni abstenerse de juzgarle o que no deba hacer nada para desarrollar su inteligencia y sus sentimientos; muy al contrario, no ha de olvidar que su misión es educar, ser positivamente el maestro del niño.

Es preciso que exista un acto de humildad: la supresión de una prevención anidada en nuestros corazones.

Lo que debe suprimirse por completo no es la ayuda facilitada por la educación; es nuestro estado interior, nuestra actitud de adultos, que nos impide comprender al niño.

LAS DESVIACIONES

Si se observa cuáles son los caracteres que desaparecen con la normalización, se ve con sorpresa que son casi todos los caracteres infantiles reconocidos; no son solamente aquellos que pueden considerarse como defectos infantiles, sino también los admitidos como cualidades; no solamente el desorden, la desobediencia, la vivacidad, la gula, el egoísmo, la disputa, el capricho; también son la imaginación creadora, el placer por las historias maravillosas, la afección cariñosa por las personas, la sumisión, el juego, etc., y hasta los caracteres estudiados científicamente y reconocidos como característicos de la infancia, como: la imitación, la curiosidad, la inconstancia, la inestabilidad de la atención. Esto viene a decir que la naturaleza del niño, tal como era conocida, no es más que una apariencia que cubre a la naturaleza primitiva y normal. Es la comprobación de un hecho tanto

más impresionante porque es universal, pero no de un hecho nuevo; la doble naturaleza del hombre fue reconocida desde la más remota antigüedad: la del hombre creado y la del hombre decaído, y el decaimiento del hombre fue atribuido a un error de origen que afecta a toda la humanidad: el pecado original. Y aunque se reconoció que este pecado era fútil en sí mismo, desproporcionado a la inmensidad de sus consecuencias, originó un alejamiento del espíritu creador, de las leyes asignadas por la creación. El hombre se ha convertido, a consecuencia de ello, en una barquilla que va a la deriva, arrastrada por la tempestad, sin defensa contra los obstáculos del ambiente y contra las ilusiones de su inteligencia y por ello se pierde.

Este concepto, que es la síntesis de la filosofía de la vida, presenta una coincidencia curiosa y luminosa en los actos ilustrados de los niños.

Precisa muy poco para hacerla desviar; es una cosa oculta y sutil que se insinúa bajo la atracción del amor y del auxilio, pero en el fondo proviene de la ceguera del alma adulta, de un egoísmo inconsciente, que constituye verdaderamente una potencia diabólica contra el niño. Pero éste renace siempre fresco y dispuesto, llevando dentro de su ser el plan sobre el que debería desarrollarse el hombre.

Si el retorno a la normalidad se halla ligado a un hecho determinado y único, es decir, la concentración del niño en una actividad motriz que le pone en relación con la realidad exterior, puede suponerse perfectamente que sólo existe una razón en el origen de todas las desviaciones y es que el niño no ha podido realizar el plan primitivo de su desarrollo, actuando sobre el ambiente en la edad constructiva: cuando su energía potencial debía desarrollarse a través de la encarnación.

La posibilidad de atribuir una multitud de consecuencias

a un hecho único, simple y claro, demuestra que el hecho de que derivan, pertenece a un período de la vida primitiva, en el que el hombre sólo es un embrión espiritual; y la única causa imperceptible puede deformar todo el ser que se deriva.

Para interpretar las desviaciones se puede partir del concepto de la encarnación: la energía síquica debe encarnarse en el movimiento, constituyendo la personalidad actora. Si no se ha podido realizar la unidad (por la sustitución del adulto al niño, o por falta de causas de actividad en el ambiente), los dos elementos, energía síquica y movimiento, han de desarrollarse separadamente, resultando el «hombre desequilibrado». Porque en la naturaleza nada se crea y nada se destruye; y esto ocurre especialmente por las energías, que si se desarrollan fuera de la finalidad asignada por la naturaleza, lo efectúan desviándose. Se desvían ante todo porque han perdido su finalidad y vagan en el vacío, en el caos. La inteligencia que hubiera debido construirse a través de las experiencias del movimiento se escapa hacia la fantasía.

Aquella inteligencia fugitiva ha buscado al principio don-

de posarse, pero nada ha encontrado; quiere agarrarse a las cosas y no puede, vagando entre imágenes y símbolos. En cuanto al movimiento, estos niños vivaces, presentan una movilidad continua, irreprimible, desordenada y sin objeto; sus acciones se inician solamente no completándose, porque la energía pasa a través de ellas sin que llegue a fijarse. El adulto castiga las acciones descompuestas y perturbadoras de aquellos niños fuertes y desordenados o las tolera pacientemente; pero admira y alienta aquella fantasía, interpretándola como imaginación, como fecundidad creadora de la inteligencia infantil. Es sabido que una parte del material de Froebel favorece el desarrollo de este simbolismo. Incita al niño a descubrir en los pequeños cubos y en las barras, agrupadas caprichosamente, semejanzas con caballos, castillos o tronos principescos. En efecto, el simbolismo del niño le conduce a servirse de cualquier objeto como un pulsador eléctrico, que ilumina la fantasía mágica del espíritu: un bastón es un caballo, una silla es un tren, un lápiz es un avión. Por eso los juguetes ofrecidos a los niños, no permiten una actividad real, pero hacen nacer ilusiones en ellos. Y, sin embargo, no son más que imágenes imperfectas y estériles de la realidad.

En efecto, los juguetes parecen ser la representación de un ambiente inútil, que no puede conducir a una concentración cualquiera del espíritu, y no representa una finalidad: es dar objetos a un espíritu para que vague en las ilusiones. La actividad de los niños se inicia súbitamente alrededor de estos objetos, como si un soplo animador hiciera nacer una pequeña llama en un fuego de brasero amortiguado bajo las cenizas. Pero la llama se apaga pronto y se repudia el juguete. Los juguetes son, sin embargo, todo lo que el adulto ha imaginado para el niño síquico, procurando darle un material donde pueda ejercer libremente su actividad. En efecto, el adulto no deja al niño libre más que en sus juegos

y únicamente con sus juguetes. Está convencido de que éstos constituyen el universo en el que el niño encuentra la felicidad.

Y nunca abandona este convencimiento, aunque el niño se cansa fácilmente de los juguetes y los rompe; el adulto se muestra generoso y liberal a este respecto, dando a su distribución el valor de un rito. Es la única libertad que el mundo adulto ha concedido al hombre en la venerable edad de su infancia, en la época en que deberían fijarse las directrices de la vida superior. Estos niños «desviados» son considerados como inteligentísimos, especialmente en las escuelas, aunque indisciplinados y desordenados. En nuestro ambiente les vemos fijarse de repente sobre un trabajo; entonces, desaparece conjuntamente el fantasear y el desorden en los movimientos, transformándose en un niño sereno y asegado, atraído por la realidad, operando su elevación por el trabajo. Se ha producido la normalización. Los órganos de movimiento han salido del caos en el instante en que han llegado a obedecer a su inspiración interior. Desde entonces, se convierten en el instrumento de una inteligencia ávida de conocer y penetrar la realidad del ambiente. Así, la curiosidad errante se transforma en un esfuerzo para adquirir conocimientos. El psicoanálisis ha reconocido la parte anormal de la imaginación y del juego, y en una luminosa interpretación les ha colocado entre las «fugas síquicas».

Fuga es escaparse, es refugiarse y sustraerse, con frecuencia, a una tiranía; o es una defensa subconsciente del *ego* que escapa a un sufrimiento y se oculta bajo una máscara.

LAS BARRERAS

Los maestros comprueban que en las escuelas los niños llenos de imaginación no son los que se aprovechan mejor de los estudios, como hubiera podido esperarse. Progresan escasamente o fracasan por completo. Sin embargo, nadie duda que su inteligencia se ha desviado, pero se considera que una inteligencia creadora, no puede aplicarse a cosas prácticas. Esta es la prueba más evidente de que en el niño desviado se produce una *disminución de la inteligencia*, porque no se halla en posesión de la misma, y no puede ser dueño de su desarrollo. Esto puede repetirse no solamente en los casos en que la inteligencia se ha fugado hacia el mundo de las ilusiones, sino también cuando la inteligencia se halla reprimida o apagada por el descorazonamiento; es decir, que en lugar de exteriorizarse, se ha concentrado en el interior. El nivel de la inteligencia media de los niños desviados es inferior respecto a la inteligencia de los ni-

ños *normalizados*. Y esto ocurre por las desviaciones que podrían compararse, aunque imperfectamente, a luxaciones en las articulaciones, en los huesos, desviados de su verdadera posición, y se comprende la delicada cura a seguir para la corrección del niño, y alcanzar su normalidad. Por el contrario, se emplea la agresión directa en la enseñanza intelectual, así como también en la corrección del desorden. Una inteligencia desviada no puede aplicarse a un trabajo forzado, sin encontrar y hasta sin provocar un fenómeno psicológico de defensa, muy interesante.

No es aquella defensa conocida de la psicología común, que viene ligada a los actos externos como la desobediencia y la pereza. Es, por el contrario, una defensa síquica, independiente por completo de la voluntad; es un fenómeno absolutamente inconsciente que impide recibir ideas que quisieran imponerse desde el exterior y, por consiguiente, de comprenderlas.

Es el fenómeno que los psicoanalistas designan con el nombre descriptivo de *barreras síquicas*. Los maestros deberían reconocer estos graves hechos. Es una especie de venda que descende sobre la mente infantil, haciéndoles más sordos y ciegos síquicamente. Esta función defensiva tan íntima, podría expresarse como si el alma subconsciente dijera al mundo exterior: «Habláis, pero no escucho; insistís, pero no os siento. Yo no puedo construir mi mundo porque estoy preparando una muralla de defensa para que no podáis penetrar en él.»

Esta lenta obra de defensa prolongada obliga al niño a proceder como si hubiera perdido sus facultades naturales, y entonces ya no es cuestión de buena o mala voluntad. Los maestros en presencia de alumnos que poseen barreras síquicas, les juzgan poco inteligentes e incapaces por naturaleza de comprender ciertas materias, como, por ejemplo, las matemáticas, o registran la imposibilidad de corregir sus

errores de ortografía. Si las barreras se refieren a muchas materias de estudio o a todas ellas, alumnos inteligentes pueden ser confundidos con los deficientes, y cuando han pasado varios años por la misma clase, pueden ser relegados definitivamente entre los niños atrasados. En la mayoría de los casos la barrera síquica no es impenetrable, pero se rodea de elementos que actúan a distancia, conocidos en el psicoanálisis por «repugnancias». Repugnancia hacia una disciplina particular, y después repugnancia por cierta clase de estudios, por la escuela, por la maestra, por los compañeros. Entonces no hay amor ni cordialidad, hasta que el niño siente miedo por la escuela y queda completamente aislado.

Es muy común llevar toda la vida la barrera síquica construida en la infancia. Ejemplo de ello, la repugnancia característica que sienten muchos durante toda su vida por las matemáticas; no es, sin embargo, una capacidad de comprender; un obstáculo interior se levanta al solo nombre de la materia y produce la fatiga antes de que pueda iniciarse la actividad. He conocido una niña italiana, bastante inteligente, que cometía errores de ortografía, verdaderamente inconcebibles, teniendo en cuenta su edad y su cultura. Era inútil cualquier tentativa de corrección; los ejercicios parecían aumentar los errores, la lectura de los autores clásicos no le producía efecto alguno. Pero un día, con verdadera sorpresa, la vi escribir en un italiano correcto y purísimo. Fue un episodio que no podré precisar, pero es cierto que existía en ella el lenguaje perfectamente correcto, que una fuerza oculta lo guardaba tiránicamente en su interior, proyectando una lluvia de errores al exterior.

CURACIONES

Podríamos preguntarnos cuál de los dos fenómenos de desviación es más grave: las fugas o las barreras. En nuestras escuelas normalizadoras, las fugas de la imaginación se han presentado fácilmente curables. Esto puede ilustrarse por medio de un parangón. Si alguien se fuga de un lugar porque no ha encontrado allí las cosas que puedan satisfacer sus necesidades, y aunque todo un pueblo emigre porque el país no les ofrece el ambiente necesario, siempre podremos imaginarnos que se reintegrará a su hogar, cambiando las condiciones del ambiente.

En efecto, uno de los fenómenos observados con mayor frecuencia en nuestras escuelas, es la rapidez de transformación de estos niños desordenados y violentos, que parecen regresar bruscamente de un mundo lejano. Su transformación no se limita solamente a aquellas apariencias externas, que cambian el desorden en trabajo; es una transfor-

mación más profunda que se presenta bajo el aspecto de satisfacción y serenidad. La desaparición de la desviación surge como un hecho espontáneo, una transformación natural; sin embargo, si no hubiera sido corregida, hubiera podido acompañarle durante toda la existencia. Muchos adultos, considerados de rica imaginación, tienen en realidad vagos sentimientos por el ambiente y tocan solamente realidades sensoriales. Son las personas calificadas de temperamento imaginativo, desordenado, que admiran fácilmente las luces, el cielo, los colores, las flores, los paisajes, la música; sensibles a las cosas de la vida como también a las novelas.

Pero no aman realmente las luces que admiran y serían incapaces de pararse un instante para conocerlas; las estrellas inspiradoras no sabrían llamar su atención para enseñarles los más elementales conocimientos astronómicos. Poseen tendencias artísticas, pero no son capaces de alguna producción artística, porque no pueden desarrollar ninguna investigación técnica. Generalmente no saben qué hacer de sus manos, no pueden tenerlas quietas ni hacerlas actuar; tocan las cosas nerviosamente y con facilidad las rompen; desgarran distraídamente las flores tan admiradas. No pueden crear nada bello, ni pueden hacer la felicidad de su vida, no sabiendo encontrar la poesía real del mundo. Son personas perdidas si alguien no acude a salvarlas, porque confunden su debilidad orgánica, su incapacidad, con un estado superior. Este estado, que predispone a verdaderas enfermedades síquicas, tiene su origen en las mismas raíces de la vida; en la edad donde la confusión es más fácil y donde la vida cerrada provoca desviaciones, al principio imperceptibles.

Por el contrario, las barreras son bastante más difíciles de vencer, aún en los niños pequeñitos. Es una construcción interior que cierra el espíritu y lo oculta para defenderlo

del mundo. Una tragedia oculta va desarrollándose dentro de aquellas barreras múltiples que aíslan de todo lo que es bello al exterior y sería causa de riqueza y felicidad. El estudio, los secretos de las ciencias y de las matemáticas, las filigranas fascinadoras de un lenguaje inmortal, la música, esto es lo que en lo sucesivo constituye *el enemigo* del que hay que defenderse. Una transformación singular de la energía proyecta tinieblas profundas, que cubren y ocultan todo lo que sería objeto de amor y de vida. Los estudios producen fatiga y enojo, originando una aversión contra el mundo, en lugar de ser una preparación para participar en él.

¡Las barreras! Esta palabra tan sugestiva hace pensar en las defensas con que el hombre había rodeado el cuerpo del niño, antes que la higiene física indicara un modo más sano de vivir. Los hombres le habían defendido del sol, del aire, del agua: poniéndole al abrigo de barreras constituidas por muchos impermeables a la luz, cerrando día y noche aquellas ventanas, que ya eran excesivamente pequeñas para la entrada del aire; recubriéndole de pesadas vestiduras superpuestas como las hojas de un bulbo de cebolla, que ponía el cuerpo reacto a las caricias del agua e impedía a los poros que pudieran recibir el aire purificador. El ambiente físico constituía una barricada contra la vida. En el ambiente social también se observan fenómenos que hacen pensar en las barreras. ¿Por qué los hombres se aíslan los unos de los otros y ciertos grupos familiares se *cierran* con un sentido de aislamiento y repugnancia por los demás grupos? La familia no se aísla para gozar de ella misma, sino para separarse de los demás. No son barreras para defender el amor. Las barreras de las familias son murallas inexpugnables, más potentes que los robustos muros de la casa y así son las barreras que separan las castas nacionales y las naciones. Las barreras nacionales no se han hecho para agru-

par individuos y uniformes, guardarlos libremente y defenderlos contra los peligros. Es una ansiedad de aislamiento y de defensa, que refuerza cada día las barreras entre las naciones, dificultando la circulación de los individuos y de sus productos. ¿Por qué proceder así, si la civilización se desarrolla por el intercambio? Las barreras son para las naciones un fenómeno síquico, consecuencia de un gran sufrimiento, de una violencia brutal soportada. El dolor se ha organizado; y ha sido tan inmenso, que la vida de las naciones se ha contraído detrás de barreras cada vez más terribles y arraigadas.

Ciertos niños obedientes, cuyas energías síquicas no son bastante poderosas para fugarse, se ligan al adulto que tiende a sustituirse en su actividad, llegando a depender estrechamente de aquél. Su falta de actividad, aunque no tienen conciencia de ello, es causa de que siempre sean plañideros. Son niños que continuamente se lamentan de algo, parecen pequeños dolientes y son considerados como seres de delicados sentimientos y sensibles en sus afecciones. Siempre se aburren sin saberlo, y acuden a los adultos, porque no son capaces de escapar al aburrimiento que les oprime. Como si su vitalidad dependiera de los demás, se adhieren siempre a alguno. Piden al adulto que les ayude, quieren que juegue con ellos, que les cuente algo, que cante y no les abandone nunca. El adulto se transforma en su esclavo; un recíproco ligamento oscuro encadena a los dos; pero la apariencia muestra como si se comprendieran y

amaran a fondo. Son aquellos niños que preguntan continuamente el por qué, siguiéndose éstos continuamente, como pronunciados por ansia de conocer; pero observando con atención, se ve que continúan preguntando, sin haber recibido todavía contestación a demandas anteriores. Aquello que parece una curiosidad por saber, es sencillamente un medio de tener en tensión a la persona que necesitan para sostenerse.

Esta encuentra fácil sustituir su propia voluntad a la del niño, que cede dócilmente; y así el niño avanza en el grave peligro del decaimiento y de la inercia; inercia que se califica de ociosidad y pereza.

Este estado de cosas que el adulto acoge favorablemente, porque no contraría su propia actividad, es, en realidad, el límite extremo a que puede llegar la desviación.

¿Qué es la pereza? Es una depresión del organismo espiritual. Es como el decaimiento de las fuerzas físicas, que engendran una enfermedad grave: en el campo síquico es la depresión de las energías vitales y creadoras. La religión cristiana sitúa la pereza entre los pecados mortales, es decir, peligro de muerte para el alma.

El adulto ha penetrado en el interior del alma del niño, le ha impuesto su ayuda inútil, se ha sustituido a él, le ha sugestionado y le ha deformado sin apercibirse lo más mínimo.

En los niños pequeñísimos, así como en los niños normales, existe un impulso que les incita hacia el esfuerzo para actuar por sí mismos. El movimiento hacia el ambiente no es indiferente: es un amor penetrante, una necesidad vital que podría compararse al hambre. Quien tiene hambre es impulsado a buscar alimento. No es por un razonamiento lógico; no se dice: «hace tiempo que no he comido, sin comer no puedo ser fuerte ni vivir; es, pues, necesario que busque algo nutritivo y coma». No, el hambre es un sufrimiento intenso que nos empuja irresistiblemente hacia el alimento. Y el niño siente esta especie de hambre que le impulsa hacia el ambiente, para buscar cosas capaces de nutrir su espíritu y se nutre con actividad.

«Como los niños recién nacidos, amamos la leche espiritual». En este impulso, en el amor del ambiente, reside la característica del hombre. No sería exacto afirmar que el

niño tiene una pasión por el ambiente, porque la pasión indica algo de impulsivo y pasajero, indica el impulso hacia un «episodio vital».

El impulso que origina el amor del niño por el ambiente, conduce a una actividad constante, a un fuego continuo, comparable a la combustión continua de los elementos del cuerpo en contacto con el oxígeno, que engendra la temperatura suave y natural de los cuerpos vivos. El niño activo tiene la expresión de la criatura que debe vivir en su medio ambiente, aquel medio sin el cual no puede realizarse a sí mismo. Sin este ambiente de vida síquica, todo es débil en el niño, todo se desvía y se cierra; transformándose en un ser impenetrable y enigmático, vacío, incapaz, caprichoso, aburrido, fuera de la sociedad. Si el niño se encuentra en la imposibilidad de encontrar los motivos de actividad destinados a su desarrollo, sólo verá «las cosas» y no deseará su posesión. Desear, poseer: he aquí cosas fáciles, para las que son inútiles las luces intelectuales y el amor. La energía se desvía por otro camino: «¡yo lo quiero!», dice el niño, viendo un reloj de oro, cuyas horas no puede leer; «no, soy yo el que lo quiere», dice otro niño, dispuesto a romperlo e inutilizarlo, con la sola finalidad de poseerlo. Y así comienza la competencia entre las personas y la lucha destructora de las cosas.

Casi todas las desviaciones morales son consecuencia de este primer paso que ha de decidir entre el amor y la posesión que pueden conducir a dos caminos completamente divergentes; adelante, adelante, con todas las fuerzas de la vida. La parte activa del niño se proyecta al exterior como los tentáculos de un pulpo gigantesco dispuestos a enroscarse y destruir los objetos a que permanece adherido con pasión. Los sentimientos de propiedad le adhieren con vehemencia a las cosas; y las defiende, como defendería a su propia persona.

Los niños más fuertes y activos defienden y luchan por sus objetos, contra otros niños que intentan apoderarse de ellos; se disputan continuamente entre sí, porque quieren el mismo objeto o porque uno desea el de otro, originando reacciones bien distintas del amor; son la explosión de sentimientos antifraternales, iniciación a la lucha y a la guerra por una *bagatela*. En realidad es por un hecho grave: se ha producido una desviación, un oscurecimiento de todo lo que debiera ser: una energía impulsiva. Es, pues, un mal interior y no el objeto deseado que origina aquella actuación.

Como ya es sabido se procura dar una especie de educación moral, recomendando al niño que no ha de entusiasmarse por las cosas exteriores, y la base de esta enseñanza es el respeto a la propiedad ajena. Pero cuando el niño ha llegado a aquel punto, ya ha atravesado el puente que separa el hombre de la grandeza de su vida interior y es por ello que concentra sus deseos sobre las cosas externas. El germen se ha infiltrado tanto en el ánimo del niño, que se le considera como un carácter propio de la naturaleza humana.

Incluso los niños de carácter sumiso, tienen otra manera distinta de «poseer», que no es litigiosa, ni se deriva hacia una lucha de competencia. Estos se aficianan de preferencia a acumular y esconder los objetos, haciéndoselos pasar por coleccionistas. Pero es muy distinto el verdadero coleccionismo, que clasifica los objetos guiados por los conocimientos. Aquí, por el contrario, se trata de niños que acumulan los objetos más diversos, no guardando relación alguna entre sí. La patología describe el coleccionismo, ilógico y vacío, conceptuándolo como manía, es decir, como si fuera una anomalía síquica; no solamente se encuentra entre los hombres de espíritu enfermo, sino también entre niños delincuentes que con frecuencia llevan los bolsillos llenos de objetos inútiles muy diversos. Semejante a éste es el coleccionismo de los niños de carácter débil, sumiso, pero que

se considera del todo normal. Si alguno les quita aquellos objetos acumulados, estos niños se defienden como pueden.

Es interesante la interpretación dada por el psicoanalista Adler a estas manifestaciones: las compara con la avaricia, que se encuentra en el hombre adulto cuyo germen comienza a reconocerse en la infancia; este fenómeno por el cual el hombre se adhiere a muchas cosas y no quiere cederlas, aunque de nada le sirvan; veneno mortífero extraño al equilibrio fundamental. Los padres se complacen cuando sus hijos saben defender la propiedad: ellos ven en esto la naturaleza humana y el vínculo que les une a la vida social. Por consiguiente, los niños conservadores y acumuladores son figuras humanas inteligibles a la sociedad.

Otro carácter de desviación, que se asocia a la posesión, es el ansia del poder. Hay cierta clase de poder adquirido por el instinto de dominación del ambiente, el cual conduce, a través del amor al ambiente, a posesionarse del mundo exterior. Pero existe desviación cuando el poder, en lugar de ser fruto de conquista que edifique la personalidad humana, se reduce a apoderarse de las cosas.

El niño desviado se encuentra frente al adulto, que para él es el ser potente por excelencia, que dispone de todas las cosas. Él comprende cuán grande sería su propio poder, si le fuera permitido actuar a través del adulto. Y así comienza el niño una campaña de explotación para obtener del adulto, mucho más de lo que podría procurarse por sí mismo. Este proceso es perfectamente comprensible: se insinúa fatalmente con lentitud en todos los niños; tanto, que se considera como el hecho más corriente y de corrección más difícil: es

el capricho clásico del niño. Es lógico y natural que un ser débil, incapaz y prisionero, habiendo descubierto aquel talismán maravilloso, que puede obligar a un ser poderoso y libre a procurarle ventajas importantes, procure obtenerlas. Y el niño comienza a imponerse y a querer más allá de los límites que el adulto considera lógicamente justos para el niño. En efecto, estos deseos no tienen límites; el niño fantasea y, para él, el adulto es un ser omnipotente que podrá realizar los deseos de sus sueños flotantes en una atmósfera alucinadora. Este sentimiento tiene su plena realización en los cuentos de hadas, que reflejan la novela del alma infantil. En aquellas relaciones maravillosas, los niños sienten exaltados sus oscuros deseos bajo formas seductoras. Recurriendo a la hadas se pueden obtener favores y riquezas, que superan fantásticamente los poderes humanos. Hay hadas buenas y malas, hermosas y feas: pueden presentarse bajo la apariencia de personas pobres y de personas ricas; las hay entre las malezas de los bosques y en palacios encantados. Esto parece exactamente la proyección idealizada del niño que vive entre los adultos: hay hadas viejas como la abuelita y jóvenes como la mamá; vestidas de harapos y cubiertas de oro, como hay madres pobres y madres ricas, luciendo espléndidos vestidos de recepción; todas vician al niño.

El adulto, orgulloso o miserable, siempre es un ser poderoso con relación al niño, y éste comienza en la realidad de la vida aquella acción de explotación, que termina en una lucha, dulce al principio porque el adulto se deja vencer, cediendo por el placer de ver feliz de satisfacción a su niño. Si el adulto impedirá al niño que se lave las manos solo, pero le apoyará ciertamente en sus manías de posesión. Pero el niño después de una primera victoria, buscará otra; y cuanto más concede el adulto, más exigente es el niño; y la amargura sucede a las ilusiones que se había formado el adulto,

de ver satisfecho al niño. Como el mundo material se desarrolla dentro de límites severos, mientras que la imaginación vaga hacia el infinito, llega el momento del choque, de la lucha violenta; y el capricho del niño se convierte en el castigo del adulto. En efecto, el adulto en seguida se reconoce culpable, diciendo: «He viciado a mi hijo».

El niño sumiso tiene también su manera de vencer: actúa con la afectuosidad, las quejas, el ruego, la melancolía, la atracción de sus gracias, a las que cede el adulto hasta que ya no puede dar más; y entonces se presenta aquella falta de satisfacción que origina todas las desviaciones del estado normal. El adulto reflexiona, dándose cuenta de haber tratado al niño de modo que ha desarrollado vicios en el mismo y procura retroceder por aquel camino, corrigiéndose.

Pero se sabe que nada puede corregir los caprichos del niño; ninguna reconvención, ningún castigo es eficaz. Es como si a un hombre que tuviera fiebre hasta el delirio, se le pronunciara un discurso para demostrarle las ventajas de hallarse en plena salud, y se le amenazara con darle de bastonazos si no hace bajar su temperatura. No, no, el adulto no ha viciado a su hijo cuando ha cedido a sus caprichos, sino cuando le ha impedido vivir, impulsándole hacia las desviaciones.

COMPLEJO DE INFERIORIDAD

El adulto, manifestando un desprecio que no siente conscientemente, cree a su hijo hermoso y perfecto, y pone en éste su propio orgullo y la esperanza en el porvenir; pero una fuerza oculta le hace actuar. No es solamente la convicción de que el «niño es vacío» o de que el «niño es malo» que le impulsa a corregirle con cuidados particulares. No, es precisamente el desprecio al niño. Es además el sentimiento de que este niño débil que se encuentra delante de él, es verdaderamente un niño, es decir, un ser sobre el que el adulto todo lo puede: hasta tiene el derecho de mostrarle sus sentimientos inferiores, de los que tendría vergüenza ante la sociedad de los adultos. Entre estas tendencias oscuras figuran la avaricia y el sentimiento de tiranía y absolutismo: así, detrás de las paredes domésticas, bajo la máscara de la autoridad paterna, se efectúa la lenta y continua destrucción del ego infantil. Si por ejemplo, el adulto ve al niño que mueve

un vaso de vidrio, piensa y teme que el vaso podría romperse; en aquel instante la avaricia le hace considerar el vaso como si fuera un tesoro y para conservarlo impedirá que el niño lo toque. Quizás este adulto es un hombre riquísimo que piensa en aumentar diez veces su fortuna, para que su hijo sea más rico todavía; pero en aquel instante aquel hombre atribuye tal valor al vaso, que quiere salvarlo. Por otra parte piensa: «¿Por qué este niño pone el vaso de esta manera, cuando yo lo tenía puesto de otro modo? ¿No represento la autoridad, que puede disponer de las cosas a su antojo?» Y, sin embargo, este adulto estaría satisfecho de realizar cualquier acto de abnegación por su hijo; sueña en verlo triunfar un día; quisiera que llegara a ser un hombre célebre y poderoso. Pero en aquel momento surge en él la tendencia tiránica y autoritaria que se aplica a la vigilancia de un objeto sin valor. Si un criado hiciera aquel movimiento, el padre sonreiría; y si un invitado rompiera el vaso, el padre se apresuraría a manifestarle que no tiene importancia, y que el vaso carece de valor alguno.

El niño tiene que darse cuenta, con persistencia desesperante, de que es el único individuo peligroso para los objetos, y por consiguiente el único que no puede tocarlos; es decir: un ser inferior que no sirve para nada.

Existe otra complejidad de conceptos que es necesario considerar en la construcción interior del niño; éste no solamente tiene necesidad de tocar las cosas y de trabajar con ellas; ha de seguir la sucesión de los actos, pues tiene una importancia grandísima en la construcción interior de la personalidad. El adulto no observa orden en la sucesión de los actos ordinarios de la vida cotidiana, pues ya la posee como un modo de ser. Cuando el adulto se levanta por la mañana, sabe que ha de efectuar tal o cual acto, y los ejecuta como la cosa más natural del mundo. La sucesión de actos es casi automática; así, pues, respira sin pensar en ello, y el co-

razón late sin que se de cuenta. Por el contrario, el niño tiene necesidad de construir sus cimientos; pero no puede trazarse un plan de acciones a seguir: cuando está jugando, viene el adulto que piensa que es hora de ir a paseo y, en consecuencia, le viste y se lo lleva; o bien, mientras el niño está realizando algún pequeño trabajo, como, por ejemplo, llenar un cubo minúsculo de arena, llega una amiga de la mamá, y ésta va a buscar a su hijo, perturbando el trabajo que realiza, para mostrarlo a la recién llegada. En el ambiente del niño interviene siempre este ser poderoso, que dispone de su existencia sin consultarle, sin considerarle, demostrando que las acciones del niño no tienen valor alguno, mientras que en su presencia el adulto no interrumpe a otro adulto, aunque sea un criado, sin decirle: «Haga el favor» o «Si pudiera»... El niño siente, pues, que es un ser distinto de los demás, de una inferioridad especial, que le sitúa por debajo del resto del género humano.

Pero, como ya hemos dicho, es importantísima la sucesión de los actos en relación con un plan prefijado. Un día el adulto explicará al niño que ha de ser responsable de sus propios actos; pero esta responsabilidad tiene como base primordial un plan completo de relaciones entre las acciones, y un juicio sobre su significado. Pero el niño comprende que todas sus acciones son insignificantes. El adulto, el padre, que se lamenta de no lograr que despierten en su hijo los sentimientos de responsabilidad y de dominio de sus propios actos, ha sido quien ha roto con saña la continuidad en la concepción de las acciones sucesivas de la vida, y el sentimiento de la propia dignidad. El niño en lugar de conservar el sentimiento de su dignidad, lleva en sí mismo una convicción oscura de inferioridad y de impotencia. En efecto, para asumir cualquier responsabilidad, es preciso tener la plena convicción de que se es dueño de sus propias acciones y tener confianza en sí mismo.

El desaliento más profundo es el originado por la convicción de la «impotencia». Supongamos que un niño paralítico y otro esbeltísimo tengan que luchar en una carrera pedestre; el primero ni siquiera intentará comenzar. Si en un partido de boxeo, un gigante agilísimo se encontrara en presencia de un hombrecillo inexperimentado, éste no querría luchar. Se destruye la posibilidad del esfuerzo antes de que éste pueda entrar en acción y de ello viene el sentimiento de incapacidad. El adulto ataca continuamente en el niño el sentido del esfuerzo, cuando humilla el sentimiento de su propia fuerza, y le convence de su incapacidad. En efecto, el adulto no se contenta con impedir las acciones del niño, le dice: «Tú no puedes hacer esto, es inútil que lo intentes», y cuando no se trata de personas educadas, añadirá: «Estúpido, por qué intentar esto, ¿no ves que no eres capaz de hacerlo?». Esta manera de obrar no ataca solamente el trabajo o la sucesión de actos, obra contra la misma personalidad del niño.

Este procedimiento arraiga en el alma del niño la convicción de que no solamente sus actos no tienen valor alguno, sino que también su personalidad es inepta e incapaz de actuar. Así se engendra el desaliento y la falta de confianza en sí mismo. Cuando alguien más fuerte que nosotros nos impide ejecutar una cosa que habíamos proyectado, podemos pensar que vendrá alguien más débil ante el cual podremos comenzar de nuevo. Pero si el adulto persuade al niño de que la imposibilidad reside en él, se forma una niebla que turba las ideas, una timidez, una especie de apatía y un temor que se convierten en constitutivos y todas estas cosas juntas construyen aquellos «obstáculos interiores» que el psicoanálisis califica de «complejo de inferioridad». Es un obstáculo que puede convertirse en permanente, como el sentido humillante de sentirse incapaz e inferior a los demás, impidiendo tomar parte en las pruebas sociales que se presentan durante el paso por la vida.

A este complejo pertenecen la timidez, la incertidumbre en las decisiones, el retroceso súbito ante las dificultades y las críticas, las exteriorizaciones de la desesperación y el llanto que acompaña a todas estas penosas situaciones.

Por el contrario, en la «naturaleza normal» del niño se presenta como uno de los caracteres más sorprendentes, la confianza en sí mismo, la seguridad en sus propias acciones.

Cuando el niño de San Lorenzo manifiesta a los visitantes, desilusionados al encontrarse con un día de vacaciones, que los niños pueden abrir la clase y laborar aunque la maestra se halle ausente, demuestra una fuerza de carácter equilibrado y perfecto: que no es una presunción de sus propias fuerzas, sino conocimiento y dominio de sí mismo.

El niño conoce lo que va a emprender; y domina tan intensamente la sucesión de las acciones necesarias a la empresa, que logra realizarla con simplicidad, sin sentir que haya efectuado algo de extraordinario.

Así el pequeñuelo que componía palabras sobre el tablero con el alfabeto móvil, no se turbó cuando la Reina se paró ante él para ordenarle: «Escribe, Viva Italia», y comenzó por poner en su lugar las letras del alfabeto que había usado, con la misma serenidad como si hubiera estado solo. En homenaje a la Reina hubiera debido suspender el trabajo que estaba realizando, para emprender el que le habían ordenado. Pero había una particularidad de que no podía prescindir: era necesario recoger y ordenar las letras sueltas, antes de componer otras palabras con aquellas letras. Y en efecto, después de aquel trabajo de preparación, el niño compuso sobre el tablero las palabras «Viva Italia».

He aquí un dominador de sus propias emociones y acciones: un hombrecillo de cuatro años, que se orienta con perfecta seguridad entre los episodios que se desarrollan en su ambiente.

El miedo es otra desviación, que se considera, generalmente, como uno de los caracteres naturales del niño. Cuando se dice que un niño es miedoso, se entiende aquel miedo ligado a una perturbación profunda, independiente de las condiciones del ambiente y que, como la timidez, forma parte del carácter. Son niños sumisos, parecen rodeados de una aureola angustiosa de miedo. Otros, fuertes y activos, aunque se presentan valerosos en el peligro en determinados casos, sufren miedos misteriosos, ilógicos e invencibles. Estas actitudes pueden interpretarse como consecuencia de profundas impresiones recibidas en el pasado: como, por ejemplo, el miedo de atravesar una calle, el temor de encontrar un gato debajo de la cama, el miedo de ver a una gallina, etcétera, son estados próximos a la fobia que la siquiatria ha estudiado en los adultos. Todas estas formas de miedo existen especialmente en los niños que «dependen de los adul-

tos» y el adulto se aprovecha del estado nebuloso de la conciencia del niño, para inducirle artificiosamente temores de entes vagos, que actúan en las tinieblas, para obtener la obediencia. Esta es una de las más nefastas defensas del adulto contra el niño, agravando el temor natural originado por la noche, poblándola de imágenes terroríficas.

Todo cuanto coloca al niño en relación con la realidad y que permite desarrollar su experiencia sobre las cosas del ambiente dando la inteligencia de las cosas, aleja el estado perturbador del miedo. En nuestra escuela normalizadora, uno de los resultados obtenidos más claros es: la desaparición del miedo subconsciente y el prevenir su aparición.

Una personalidad española quería escribir algo sobre este fenómeno que consideraba como un hecho digno de ser conocido por el público. Tenía tres hijas, de las cuales dos eran ya crecidas y la tercera, muy jovencita, frecuentaba una de nuestras escuelas. Cuando estallaba una tormenta durante la noche, la pequeñuela era la única que no sentía miedo y era la que conducía a través de las habitaciones a sus hermanas mayores hasta refugiarse en el dormitorio de sus progenitores. Como era inatacable por el miedo misterioso, la niña era un verdadero sostén para sus hermanas mayores. Si como sucedía alguna vez durante la noche, la oscuridad agitaba a las mayores, éstas recurrían a la pequeñuela para vencer su impresión atormentadora.

El «estado de miedo» es distinto del miedo derivado del instinto de conservación ante un peligro. Esta última especie de miedo normal es menos frecuente en los niños que en los adultos; y no solamente porque aquéllos tienen menos experiencia de los peligros externos que los adultos. Parece que en el niño el valor para afrontar el peligro, proporcionalmente, es más desarrollado que en el adulto. En efecto, los niños se exponen con frecuencia al peligro; así, los niños en las calles de las ciudades se agarran a los vehículos y en los

campos, suben a los árboles o penetran en los precipicios; se sumergen impetuosamente en el agua del mar o de los ríos y aprenden a nadar, por su cuenta y riesgo: son incontables los casos de heroísmo entre los niños que salvan o intentan salvar a compañeros suyos. Quiero citar el caso de un incendio en un asilo de California que comprendía una sección para niños ciegos; entre las víctimas se encontraron cuerpos de niños que no eran ciegos, los cuales aunque vivían en otra parte del establecimiento, en el momento del peligro habían ido allí para salvar a sus camaradas. En las asociaciones para niños del tipo de los *Boys Scouts*, cada día se registran ejemplos de heroísmo infantil.

Podríamos preguntarnos si la normalización desarrolla esta tendencia, que tan frecuentemente se encuentra entre los niños. Nosotros nunca hemos registrado ningún episodio heroico en nuestras experiencias de normalización, a excepción de algunas expresiones de nobles deseos, que no constituyen una verdadera acción heroica. Aquel niño de unos cinco años de edad que al oír algunos episodios del terremoto de Messina escribió por primera vez la frase: «Si fuera más grande, iría a ayudarles». Pero el comportamiento real y ordinario de nuestros niños se refieren a una «prudencia» que les permite evitar los peligros y, en consecuencia, vivir entre ellos. Esto les ha conducido a una forma precoz de vida como, por ejemplo, el poder servirse del cuchillo en la comida, manejar las cerillas y encender el fuego, así como objetos de iluminación o dejarles en libertad ante un estanque, o atravesar una calle de la ciudad. Es decir, controlar los actos, para implantar una forma de vida serena y superior. La normalización no consiste en desafiar el peligro, sino en desarrollar una prudencia que permita actuar entre los peligros, conociéndolos y dominándolos.

LAS MENTIRAS

Las desviaciones síquicas, aunque pueden presentar caracteres distintos variando hasta el infinito, son como hojas y ramas de una planta vigorosa que dependen siempre de las mismas raíces profundas: es aquí donde se encuentra el secreto único de la «normalización». Estas particularidades son consideradas en la psicología común y en la educación corriente, como defectos particulares que deben estudiarse y afrontar separadamente, como si fueran defectos independientes uno de otro.

Una de las principales desviaciones es la mentira. Esta es una verdadera cubierta que esconde el alma y estas envolturas son muy variadas: hay gran diversidad de mentiras que tienen importancia y significado muy diverso. Hay que distinguir las mentiras normales y las mentiras patológicas. La antigua psiquiatría se ocupó ampliamente de la mentira vesánica, es decir, incorregible, ligada al histeris-

mo: de las que adquieren tal proporción que el lenguaje se convierte en un tejido tupido de mentiras. La siquiatria ha llamado la atención sobre las mentiras inconscientes de los niños ante los tribunales para menores y en general cuando son llamados a deponer como testigos. Fue una revelación impresionante que el alma inocente del niño, que es casi un sinónimo de verdad (la verdad que habla por boca de la inocencia), pudiera hacer falsos testimonios con tal acento de sinceridad. La atención de los sicólogos criminalistas fue atraída por estos hechos sorprendentes y se llegó a la conclusión de que aquellos niños eran verdaderamente sinceros; la mentira era debida a una forma mental de confusión agravada por el momento emotivo.

Estas sustituciones de lo falso a lo verdadero, ya sea como estado permanente o como hecho transitorio, se apartan ciertamente de las mentiras normales del niño que intenta defenderse conscientemente. Pero también se encuentran mentiras en los niños normales que no tienen relación alguna con la defensa. La mentira puede ser una verdadera invención: la necesidad de decir cosas fantásticas, las cuales tienen el sabor picante de poder ser creídas como verdaderas por los demás: no por intención de engañar ni por interés personal. Es una verdadera forma artística, como la de un actor que encarna un personaje. Citaré un ejemplo: en cierta ocasión, unos niños me contaron que su madre, teniendo un invitado a comer, preparó ella misma jugos vegetales vitamínicos, con sus propias manos, para hacer propaganda naturalista y que llegó a obtener un licor natural tan exquisito que el invitado se decidió a usarlo y a propagarlo. La relación fue tan detallada e interesante que rogué a la madre de los niños que me indicara la manera de preparar aquel compuesto vitamínico. Pero esta señora me respondió que jamás había pensado en tal cosa. Este es un ejemplo de pura creación de la imaginación del niño, condensada en una men-

tira introducida en la sociedad, sin otro objeto que forjar una novela.

Estas mentiras son casi opuestas a otras, inspiradas por la pereza, para no tener que pensar en cual sería la verdad, «porque sí».

Algunas veces la mentira es la consecuencia de un razonamiento malicioso. Tuve ocasión de conocer a un niño de cinco años que su madre había colocado provisionalmente en un colegio. La aya encargada del grupo de niños a que pertenecía aquél, estaba perfectamente adaptada a su misión y llena de admiración por el niño. Al cabo de cierto tiempo, éste se quejó a su madre de la aya, exponiendo gran número de quejas contra la misma, describiéndolas en forma excesiva. La madre se dirigió a la directora para obtener algunas informaciones y se presentaron pruebas luminosas de la extraordinaria afección que esta aya sentía por el niño, al que había colmado de atenciones cariñosas. La madre afrentó a su hijo, preguntándole los motivos de su mentira. «No son mentiras —respondió el niño—, pero yo no podía decir que la directora era la persona mala». No fue por falta de valor que no quiso acusar a la directora, sino por cierto respeto a las conveniencias sociales. Mucho se podría escribir sobre las formas de adaptación al ambiente por medio de la astucia de que son capaces los niños.

Los niños débiles, sumisos, intentan por el contrario construir apresuradamente las mentiras, como un reflejo defensivo, sin la colaboración de su inteligencia, ni la menor intervención de la imaginación. Son las mentiras ingenuas, desorganizadas, improvisadas y, por consiguiente, más aparentes, contra las que combaten los educadores, olvidando que representan precisamente la defensa más clara contra el adulto. Las acusaciones que el adulto hace en estos casos al niño, resultan de inferioridad vergonzosa, de indignidad por

tales mentiras; se derivan de una simple comprobación de que estas mentiras revelan a un ser inferior.

La mentira es uno de los fenómenos ligados a la inteligencia, característicos de la infancia todavía en formación, que van organizándose con la edad y van a constituir una parte tan importante de la sociedad de los hombres, hasta convertirse en indispensable, decente y estética, como son los vestidos para el cuerpo. En nuestras escuelas normalizadoras, el alma del niño se despoja de sus deformaciones, mostrándose natural y sincera. Pero la mentira no es una de aquellas desviaciones que desaparecen como por encanto. Es necesario una reconstrucción más que una conversión: es decir, la claridad de ideas, el sentido de la realidad, la libertad del espíritu y el interés activo por las cosas elevadas, forman el ambiente apto para la reconstrucción de un alma sincera.

Si se analiza la vida social, se ve que se halla completamente sumergida en la mentira, como en una atmósfera que no puede separarse sin trastornar la sociedad. En efecto, muchos de nuestros niños que han pasado por escuelas secundarias comunes, han sido calificados de desvergonzados e insubordinados, sólo porque eran más sinceros que los otros y no habían desarrollado ciertas adaptaciones necesarias. Y los profesores no se han percatado del hecho que la disciplina y las relaciones sociales se han organizado sobre la mentira, y que la sinceridad desconocida, parecía perturbar la construcción moral que se había establecido como base de la educación.

Una de las contribuciones más brillantes aportadas por el psicoanálisis a la historia del alma humana, es la interpretación de los disfraces del subconsciente. Son los disfraces del adulto y no las mentiras del niño, que constituyen la horrible túnica que se confecciona rápidamente y que puede compararse a la pelliza o al plumaje de los animales, es de-

cir, un revestimiento protector que cubre, embellece y defiende la máquina vital que funciona bajo su protección. El disfraz es la mentira del sentimiento, que el hombre construye en sí mismo para poder vivir, o, mejor dicho, sobrevivir en el mundo, en el cual sus sentimientos puros y naturales estarían en contraposición. Y como no es posible vivir constantemente en un estado de conflicto, el ánimo se adapta.

Uno de los disfraces más singulares es el que adopta el adulto con relación al niño. El adulto sacrifica las necesidades del niño a las suyas propias; pero no vive en estado de reconocerlo, porque sería intolerable. Entonces se persuade de que ejerce un derecho natural actuando por el bien lejano del niño. Cuando el niño se defiende, el alma del adulto no es atraída por el verdadero estado de las cosas: califica de desobediencia, de tendencia malsana todo lo que el niño intenta efectuar para salvar su propia existencia. Poco a poco aquella voz de verdad y de justicia que ya se expresaba débilmente, se apaga: sustituyéndose por los disfraces brillantes, sólidos y permanentes del deber, del derecho, de la autoridad y de la prudencia, etc. «El corazón se solidifica, se transforma en cristal y brilla como una cosa transparente, contra el que todo se rompe...» «Mi corazón se ha petrificado; le golpeo y es mi mano que queda herida». La hermosa imagen que sitúa Dante en los abismos del infierno, allí donde se anida el odio, es el hielo. El amor y el odio son dos estados distintos del alma, como el estado líquido y el estado sólido del agua. La mentira es el disfraz del espíritu que facilita al hombre la adaptación a las desviaciones organizadas en la sociedad, transformando lentamente en odio lo que era el amor. Esta es la mentira tremenda, oculta en los pliegos más recónditos del subconsciente.

REFLEJOS SOBRE LA VIDA FÍSICA

Casi por cohesión pueden alinearse gran cantidad de caracteres derivados de las desviaciones físicas; algunos de ellos pueden presentarse divergentes, porque se dirigen a las funciones del cuerpo. En la actualidad hay un capítulo de la medicina perfectamente estudiado gracias al psicoanálisis, en el que se ha llegado a la conclusión de que numerosas perturbaciones físicas tienen una causa síquica, y muchos defectos que parecen claramente dependientes del cuerpo, tienen su origen más lejos, en el campo síquico. Algunos de ellos corresponden particularmente a los niños y son los desarreglos nutritivos. Los niños fuertes, activos, están sujetos a una especie de voracidad que difícilmente puede tratarse por la educación o por la higiene. Estos niños comen más de lo necesario, por una tendencia irresistible, que se califica benévolamente de «buen apetito», originándose perturbaciones digestivas y estados tóxicos que atacan casi siempre a estos niños, a pesar de los cuidados médicos.

Desde la más remota antigüedad se ha reconocido como un vicio moral la loca tendencia del cuerpo a ingerir alimentos en cantidad superior a las necesidades, inútilmente, de manera perjudicial. Esta tendencia parece que depende de una sensibilidad normal hacia la busca de los alimentos, pero que debería limitarlos a los necesarios, como ocurre entre todos los animales, cuya salud se fía del instinto de conservación. En efecto, la conservación del individuo presenta dos aspectos: evitar los peligros del ambiente y el del mismo individuo que se refiere a la alimentación. En los animales el instinto dominante guía la elección de los alimentos y determina sus proporciones. En efecto, esto representa uno de los caracteres más distintivos de todas las especies animales. Ya sea que se nutran poco o mucho, cada especie se atiene a la medida impuesta en cada una por la naturaleza, bajo forma de instinto.

Solamente el hombre presenta «el vicio de la gula» que no sólo hace acumular insensatamente una cantidad excesiva de alimentos, sino que también la impulsa a ingerir sustancias que son verdaderos tóxicos. Se diría que la aparición de desviaciones síquicas ha hecho perder la sensibilidad protectora que le guía hacia la salud. Se encuentra la prueba en el niño desviado, en el que comienzan en seguida los desequilibrios en la alimentación. Los alimentos invitan exteriormente con sus apariencias apetitosas, estimuladas por el sentido exterior del gusto; pero la sensibilidad de conservación, el hecho vital interior se ha atenuado o ha desaparecido. Esta fue una de las demostraciones más impresionantes de nuestra escuela normalizadora: los niños reintegrados a su estado normal por desaparición de sus desviaciones síquicas, perdieron el gusto por las golosinas, cesando su voracidad. Lo que les interesaba, era efectuar sus acciones con exactitud y comer con corrección. Esta resurrección de su sensibilidad vital fue observada con cierta incredulidad en los pri-

meros tiempos, cuando se habló de conversión de los niños. Fueron descritas minuciosamente algunas escenas infantiles para convencerse de la realidad de este fenómeno. Algunos pequeñuelos, llegada la hora de la comida bien merecida, delante de un guiso bien apetitoso, empleaban su tiempo en colocarse correctamente la servilleta, miraban los cubiertos para recordar la forma precisa de servirse de ellos o aconsejaban a un camarada más pequeño y algunas veces eran tan meticulosos en estos cuidados, que se enfriaba la comida. Otros niños se ponían tristes porque habían esperado ser designados para servir la mesa y fueron condenados a efectuar un trabajo más fácil: el de comer.

La correspondencia entre los hechos síquicos y la alimentación se comprueba por hechos inversos. Los niños sumisos poseen una invencible repugnancia a ingerir los alimentos. Muchos han podido comprobar las dificultades para nutrir a ciertos niños. Estos se niegan a tomar alimento y, algunas veces, de manera tan impresionante para su estado normal, que constituye una verdadera dificultad en la familia y en los institutos de educación. Esto es más impresionante todavía, cuando se presenta en niños pobres y débiles, los cuales lógicamente deberían aprovechar aquellas ocasiones tan favorables que se les presentan para alimentarse abundantemente. Semejantes hechos pueden alcanzar verdadera gravedad, originando un decaimiento físico rebelde a todo tratamiento. El negarse a tomar alimentos no puede confundirse con la dispepsia, es decir, con un verdadero estado anormal de los órganos digestivos, que engendra la falta de apetito. No, el niño no quiere comer por razones síquicas. En algunos casos es un impulso defensivo cuando se quiere introducir alimentos en la boca del niño o se le quiere obligar a comer rápidamente siguiendo el ritmo del adulto. El ritmo del niño es muy distinto y especial; ha sido reconocido por los pediatras, los cuales han observado que los niños no co-

men todo el alimento necesario en una sola vez, sino que intercalan largas pausas en sus comidas.

Este ritmo intermitente ya puede observarse en los niños de pecho, los cuales no se separan de la fuente de su bien cuando están saciados, sino para descansar, y continuar después su ritmo intermitente y lento. Por consiguiente, puede reconocerse la posibilidad de una defensa, casi de una barrera contra la violencia con que se obliga al niño a nutrirse, fuera de sus leyes naturales. Sin embargo, se presentan casos en que no es posible invocar esta defensa. Puede ocurrir que el niño no tenga apetito, casi constitucionalmente; está invenciblemente pálido y ningún tratamiento, ni siquiera la vida al aire libre, al sol, las curas marítimas, pueden vencer aquella inapetencia crónica. Pero si junto a él se encuentra un adulto opresivo, represivo, al que el niño se halla estrechamente ligado, el mejor remedio será separarlo de esta persona represiva, instalándolo en un ambiente síquicamente libre y activo, de modo que desaparezcan los obstáculos que deforman su espíritu. Se ha podido comprobar, ciertamente, que existe una estrecha relación entre la vida síquica y los fenómenos físicos considerados como muy lejanos de la pura síquica, tales como los hechos relacionados con la alimentación. En la historia sagrada se consigna el hecho de Esaú, que para satisfacer su gula, cedió sus derechos de primogenitura, actuando contra sus intereses y sin inteligencia alguna. En efecto, la gula se clasifica entre los vicios que «ofuscan la mente». Es interesantísimo recordar la precisión con que Santo Tomás de Aquino acusa los vínculos entre la gula y las condiciones intelectuales. Sostiene que la gula ofusca el juicio y disminuye por consiguiente en el hombre el conocimiento de las realidades intelectuales. Pero el niño presenta esta cuestión de manera inversa: es la perturbación síquica que engendra la gula.

La religión cristiana considera este vicio como una per-

turbación de orden espiritual, colocándolo entre los pecados mortales, es decir, que originan la muerte del espíritu, una vía cerrada por la perturbación de alguna de las leyes misteriosas que rigen el Universo. Por otra parte, en la concepción moderna y científica, el psicoanálisis apoya indirectamente nuestro criterio de pérdida del instinto guía, es decir, de la sensibilidad de conservación. Pero la interpreta diferentemente y habla del «instinto hacia la muerte». Reconoce la tendencia natural del hombre a coadyuvar al suceso inevitable de la muerte, a facilitarla, a abreviar el término, afrontándola por el suicidio. El hombre se administra venenos como el alcohol, el opio, la cocaína, con una tendencia irresistible: es decir que goza con la muerte, llamándola y aproximándose a ella, en lugar de adherirse a la vida y a la salvación. ¿Pero todo esto, no prueba la pérdida de una sensibilidad vital interior que debería procurar la conservación del individuo? Si semejante tendencia estuviera ligada a la fatalidad de la muerte, debería existir en todas las criaturas. Más bien puede decirse que cada desviación síquica orienta al hombre por el camino de la muerte y le hace activar la destrucción de su propia vida; esta terrible tendencia ya aparece en la primera infancia en forma superficial e imperceptible.

Las enfermedades pueden tener siempre su coeficiente síquico, porque la vida síquica y la vida física son solidarias. Una alimentación anormal abre las puertas a todas las enfermedades y las invita a todas. Algunas veces, sin embargo, la enfermedad es una apariencia de causas exclusivamente síquicas: son imágenes de enfermedades y no realidades. El psicoanálisis ha proyectado una luz potente que ha ilustrado la fuga en la enfermedad. Las fugas en la enfermedad no son simulaciones: representan síntomas reales, alteraciones febriles de la temperatura y verdaderos disturbios funcionales, que presentan graves síntomas en algunos casos. Son, sin

embargo, enfermedades inexistentes, ligadas a hechos síquicos que llegan a dominar las leyes fisiológicas. Por la enfermedad el *ego* logra sustraerse a ciertas situaciones y obligaciones desagradables: la enfermedad resistente a todo tratamiento, sólo desaparece liberando el *ego* de la situación a la cual quisiera sustraerse. Yo he asistido a casos semejantes, en un instituto religioso de educación para niños, que reunía condiciones higiénicas insuperables. Sin embargo, había niños enfermos en la enfermería; algunos con fiebres persistentes difíciles de vencer. Como los defectos morales, muchas enfermedades y estados morbosos desaparecen en los niños cuando se les hace vivir en un ambiente de libre actividad normalizadora. En la actualidad muchos pediatras reconocen nuestras escuelas como verdaderos sanatorios donde se reúnen los niños que sufren de enfermedades funcionales resistentes a los tratamientos ordinarios, y en los que se han logrado curaciones sorprendentes.

TERCERA PARTE

CONFLICTO ENTRE EL ADULTO Y EL NIÑO

El conflicto entre el adulto y el niño es el punto de origen de consecuencias que se extienden casi hasta el infinito en la vida humana: como las ondas que se transmiten siempre hacia la lejanía, si se hace caer una piedra sobre la superficie límpida del agua tranquila. Las consecuencias son vibraciones que se transmiten y desarrollan concéntricamente en todas direcciones.

Precisamente la medicina y el psicoanálisis han encontrado el origen de las causas de las enfermedades físicas y mentales. Los psicoanalistas han recorrido extensos caminos en busca de los orígenes fundamentales de las enfermedades mentales; los exploradores en busca de las fuentes del Nilo, tuvieron que recorrer larguísimos trayectos encontrando cataratas fantásticas en su recorrido, hasta que llegaron a la calma ancestral de los grandes lagos. La ciencia, que quisiera sondear los primeros orígenes de la debilidad, de la inca-

pacidad de resistencia, de los repliegues del alma humana, ha ido más allá de las causas inmediatas y más al fondo de las causas conscientes y comprensibles, llegando a los orígenes, encontrando los lagos serenos, que son el cuerpo y el alma del niño.

Pero nosotros vamos retrocediendo, y si interesa esta nueva historia de la humanidad, escrita en el secreto de la construcción de sus elementos, podemos partir entonces de los lagos en calma de la primera infancia y seguir el río dramático de la vida, que se desarrolla y corre rápidamente entre los montes y los obstáculos, desviando y serpenteando su difícil recorrido, saltando en los sucesivos precipicios de las cataratas, pudiendo hacerlo todo, menos pararse y cesar de dejar paso a las tumultuosas aguas de su existencia.

Los males más visibles del hombre adulto, las enfermedades físicas y las dolencias nerviosas y mentales, se reflejan verdaderamente en el niño, y la vida de éste puede mostrarnos los detalles y los primeros signos que le acompañarán paso a paso.

Conviene considerar además otra realidad y es que cualquier mal, grande y visible, va rodeado de una infinidad de males menores. Casos de muerte por una enfermedad son muy raros, en comparación a los casos curados de la misma enfermedad. Y si la enfermedad es la concentración de una debilidad que no ha podido resistir a su asalto, deberán existir muchas debilidades alrededor de aquélla, que no habrán sido presa de la enfermedad.

Las condiciones anormales que predisponen son como las ondas que se transmiten hasta el infinito, como vibraciones del éter. De la misma manera que el que examina el agua para saber si es pura y potable, no toma toda la cantidad, sino una pequeña porción de la misma. Si ésta no es potable, deducirá que toda el agua reúne estas condiciones. Así, cuando muchas personas mueren de una enfermedad o se han

perdido en los desaciertos, será preciso decir que toda la humanidad vive en el error.

La idea no es nueva. Ya en los tiempos de Moisés se reconoció un error en los orígenes de la humanidad, un pecado que indica que toda la humanidad es perversa y perdida. El pecado original parece un concepto ilógico e injusto, porque considera posible la condena cruel de los innumerables inocentes destinados a constituir la humanidad.

Nosotros comprobamos un hecho semejante: los niños inocentes condenados a llevar sobre sí mismos las consecuencias fatales de un desarrollo viciado por errores seculares.

Las causas a que nos referimos se fundan en el conflicto básico de la vida humana, conflicto cargado de consecuencias, que no ha sido penetrado todavía.

EL INSTINTO DEL TRABAJO

Antes de estas revelaciones del niño, las leyes de la construcción de la vida síquica eran una incógnita absoluta. Pero el estudio de los períodos sensitivos como directrices de la formación del hombre, llegará a constituir una de las ciencias de mayor trascendencia para la humanidad.

El desarrollo y el crecimiento tienen fundamentos sucesivos y relaciones cada vez más íntimas entre el individuo y el ambiente; porque el desarrollo de la individualidad (o sea lo que se llama libertad del niño), no puede ser otra cosa que la independencia sucesiva del adulto, realizada por medio de un ambiente adecuado, donde el niño encuentre los medios necesarios al desenvolvimiento de sus funciones. Esto es tan claro y simple como decir que el destete del niño se efectúa preparando la alimentación infantil a base de cereales, jugos de frutas; es decir, utilizando los productos del ambiente, en sustitución de la leche materna.

El error de la libertad del niño en la educación, ha sido considerar una hipotética independencia del adulto sin la correspondiente preparación del ambiente. Esta preparación del ambiente es una ciencia educativa; lo mismo que para la preparación de la alimentación infantil se necesitan ciertas prescripciones higiénicas. Pero la preparación del ambiente síquico, en sus bases esenciales como fundamento de una nueva educación, ha sido esbozada por el mismo niño de modo suficientemente claro para constituir una realidad práctica.

Entre las revelaciones hechas por el niño hay una que es fundamental; es el fenómeno de la normalización por medio del trabajo. Millares y millares de experimentaciones efectuadas entre todos los niños, pertenecientes a todas las razas humanas, han permitido comprobar este fenómeno, que representa el experimento más seguro que jamás ha existido en el campo de la psicología y de la educación. Es cierto que para el niño la aptitud para el trabajo representa un instinto vital, porque sin el trabajo no puede organizarse la personalidad, desviándose de las líneas normales de su construcción: *el hombre se construye trabajando*. Nada puede sustituir a la falta de trabajo; ni el bienestar físico, ni el afecto y, por otra parte, las desviaciones no pueden vencerse por el castigo ni por los ejemplos. El hombre se construye trabajando, efectuando trabajos manuales, donde la mano es el instrumento de la personalidad, el órgano de la inteligencia y de la voluntad individual, que labra su propia experiencia cara a cara con el ambiente. El instinto del niño confirma que el trabajo es una tendencia intrínseca de la naturaleza humana: es el instinto característico de la especie.

¿Por qué el trabajo, que debiera ser la satisfacción suprema y el centro de la salud y de la regeneración, como ocurre en los niños, es rechazado por el hombre adulto y

nunca llega a creer que es una dura necesidad creada por el ambiente? Porque el trabajo social se apoya sobre bases falsas. Se desprende del hombre desviado por la posesión, el poder, la inercia y el estancamiento; y el instinto profundo permanece oculto como un carácter desviado. Entonces el trabajo depende únicamente de las circunstancias externas o de la lucha de los hombres desviados, transformándose en un trabajo forzado que engendra barreras síquicas potentes. Así el trabajo es duro y repugnante.

Pero cuando, por hechos excepcionales, el trabajo se coaliga con el impulso interior del instinto, hasta en el hombre adulto, adquiere entonces caracteres muy diversos. Entonces el trabajo es fascinador e irresistible, elevando al hombre por encima de las desviaciones y perturbaciones. Es el trabajo del que realiza una invención, del que efectúa esfuerzos heroicos en la exploración de la tierra, del que compone obras de arte; éstos se hallan dotados de un poder tan extraordinario que encuentran de nuevo el instinto de la especie en los designios de la propia individualidad. Esta, entonces, es como un chorro potente que rompe la superficie dura y se alza con un impulso profundo, cayendo después como lluvia benéfica y refrescante sobre la humanidad.

Estos impulsos engendran el verdadero progreso de la civilización: por ésta afloran los caracteres fundamentales del instinto normal del trabajo, sobre los que se funda el ambiente de la sociedad humana.

El trabajo es indudablemente la característica más especial del hombre: el progreso de la civilización va ligado a la habilidad multiforme que tiende a crear un ambiente para facilitar la vida del hombre.

Pero es curioso que el hombre en este ambiente encuentra la manera de vivir exclusivamente, alejándose de la vida natural. Este ambiente civil no puede llamarse todavía artificial: más bien es una construcción por encima de la natu-

raleza, es decir *supernatural*, y el hombre se va habituando progresivamente a este ambiente, de modo que llega a constituir su elemento vital. La historia de la civilización podría compararse a una de aquellas lentas evoluciones que conduce a una especie nueva y definitiva, como podría ser en la historia de la naturaleza animal el notable paso, entre la vida marítima y la terrestre, a través de los anfibios. El hombre anfibio vive de la naturaleza y poco a poco se creó la «supernaturaleza», participando ampliamente en las dos vidas, pero con la tendencia a realizar finalmente una sola, y hoy el hombre ya no vive de la naturaleza, pues la utiliza toda: la visible y la invisible, la que se manifiesta y la oculta en los misterios de la energía cósmica. Pero el hombre no ha pasado simplemente de un ambiente vital a otro; se ha construido su propio ambiente y vive en él con tanta exclusividad, que en lo sucesivo ya no podrá existir fuera de su creación maravillosa. El hombre, pues, vive del hombre. La naturaleza no provee al hombre, como hace con los demás seres vivientes: no es, por ejemplo, como el pájaro que encuentra en la naturaleza los alimentos preparados y directamente de la misma los materiales para construir su nido; el hombre ha de buscar en el hombre todo cuanto necesita. Por consiguiente, cualquier individuo se halla ligado a los demás y cada uno contribuye con su labor a aquel conjunto de que vive la humanidad: *el ambiente supernatural*.

Pero si el hombre vive del hombre, es dueño y dominador de su propia existencia, pudiendo dirigirla y disponer a su antojo. No se halla sometido directamente a las vicisitudes de la naturaleza, se encuentra aislado de ellas y, por lo tanto, depende exclusivamente de las vicisitudes humanas. Por eso, si la personalidad humana se ha desviado, toda su vida se halla en peligro, y el peligro existe para el hombre en sí.

Es interesante comprobar en el niño el poder de su ins-

tinto para el trabajo y la influencia sobre toda la construcción de la personalidad en la unión íntima existente entre la normalidad y el trabajo.

Esta es la mejor prueba de que el hombre nace con una finalidad concentrada en el trabajo, porque es la naturaleza que le impulsa a construir alguna cosa que depende de él y que ha de estar unida a la existencia y a los fines de la creación. En efecto, es ilógico que el hombre no participe de la armonía universal a la que contribuyen todos los seres vivientes, cada uno según la actividad del instinto inserto en la especie. Los corales construyen islas y continentes, reconstruyendo las costas que de continuo se disgregan por la acción de las olas; los insectos transmiten el polen de las plantas, conservando gran parte de la vida vegetal; el cóndor y la hiena depuran el ambiente de los cadáveres inscipientes; otros lo depuran de las inmundicias; otros producen miel y cera, otros fabrican la seda, y así sucesivamente. La misión de la vida es tan inmensa y esencial, que la tierra se conserva por obra de la vida, la cual rodea el globo terrestre de una capa, como es la atmósfera. En efecto, hoy la vida sobre la tierra se considera como una *biosfera*. Los seres vivientes no tienen la misión final de proveerse a sí mismos; pero proveyéndose, toman una parte tan esencial en el mantenimiento de la tierra, que constituyen elementos necesarios para la armonía telúrica. En efecto, los animales producen más de lo que exigen sus necesidades; siempre resulta un excedente inmensamente superior a las necesidades directas de la conservación. Así, pues, todos son obreros del Universo y observadores de las leyes universales. Sin duda, el hombre, trabajador por excelencia, no puede sustraerse a ellas; construye la supernaturalidad que, evidentemente, en la riqueza de su producción, no corresponde al simple hecho de la existencia, sino más bien a una función de orden cósmico.

Para que su producción sea perfecta no ha de ser inspirada por las necesidades del hombre, sino por los misteriosos designios del instinto del trabajo. Evidentemente, una desviación fatal, separa al hombre de su centro cósmico, de la finalidad de su vida. También en el niño, la construcción del hombre, que es su misión, para desarrollarse normalmente tiene que unirse íntimamente con los instintos guía de la construcción individual. Y en él reside el gran secreto: la educación normal, de la que depende la *supernaturalidad*.

CARACTERÍSTICAS DE LOS DOS TIPOS DE TRABAJO

Adulto y niño, hechos para amarse y convivir cariñosamente, están en lucha continua por una incomprensión, que corroe las raíces de la vida y que se desarrolla en un laberinto impenetrable de acciones y reacciones.

Son múltiples las cuestiones que afectan a este conflicto, y algunas de ellas son claras y tangibles, dependiendo exteriormente de las relaciones sociales. El adulto tiene una misión que cumplir, tan complicada e intensa, que hace siempre más difícil la suspensión de la misma como requeriría el hecho de seguir al niño, adaptándose a su ritmo y a sus necesidades síquicas de crecimiento. Por otra parte, el ambiente cada vez más complicado y rápido del adulto, es inadecuado para el niño. Podemos imaginarnos una vida primitiva, simple y pacífica, donde el niño pequeñito encuentra un refugio natural, viendo al adulto que le rodea ejecutar trabajos sencillos con ritmo pausado y circundado de ani-

males domésticos que viven a su alrededor; toca las cosas e intenta laborar sin que oiga protesta alguna. Duérme cuando tiene sueño bajo la sombra de un árbol frondoso.

Pero lentamente la civilización cierra el ambiente social al niño: todo está demasiado regulado, excesivamente estrecho, demasiado rápido. No sólo es un obstáculo el ritmo acelerado del adulto; además, surge la máquina que lleva lejos como un viento impetuoso, no quedando el más pequeño rincón para refugio del niño. Y entonces éste no puede vivir activamente. Los cuidados que se le prodigan consisten en salvar su vida de los peligros que se multiplican y le atormentan exteriormente. Así en el mundo es un refugio, un ser inerte, un esclavo. No se piensa en la necesidad de crear un ambiente especial de vida para él; no se refleja que él tiene necesidad de actividad y de trabajo.

Es necesario considerar que son dos las cuestiones sociales, porque son dos las formas de vida: la cuestión social del adulto y la cuestión social del niño, y en ellas dos trabajos esenciales: el trabajo del adulto y el trabajo del niño, ambos imprescindibles para la vida de la humanidad.

El trabajo del adulto

El adulto tiene como labor propia, la de construir el ambiente *supernatural*: es un trabajo externo hecho de actividad, de esfuerzo inteligente, es el llamado trabajo productivo que por su naturaleza es social, colectivo y organizado.

Para alcanzar la finalidad de su trabajo social, el hombre debe ordenarlo necesariamente, regularlo con normas que constituyen las leyes sociales. Estas imponen una disciplina colectiva a la que los hombres se someten voluntariamente, porque ellos mismos la han reconocido como imprescindible para hacer ordenada y efectiva la vida social. Pero

además de las leyes que representan necesidades locales y modulan diferencias entre los distintos grupos humanos al pasar de los siglos, hay otras leyes fundamentales que radican en la misma naturaleza y que hacen referencia al trabajo en sí mismo, y estas leyes son comunes a todos los hombres y a todos los tiempos. Una de éstas es la ley de la subdivisión del trabajo, de aplicación universal entre todos los seres vivientes y necesaria porque los hombres se diferencian entre sí por la producción; la otra ley natural se refiere al mismo individuo que trabaja y es la ley del mínimo esfuerzo, por la cual el hombre procura alcanzar el máximo de producción, trabajando lo menos posible. Esta ley es de gran importancia, no porque exista el deseo de trabajar lo menos posible, sino porque siguiendo esta ley se alcanza mayor producción con menor consumo de energía y éste es un principio tan útil que también se aplica a la máquina que sustituye e integra la labor del hombre.

Estas son las «buenas leyes» sociales y naturales de la adaptación del trabajo.

Pero no todo se desarrolla según estas «buenas leyes» porque la materia que el hombre labora y de la que produce la riqueza, es limitada, y esto origina la competencia, la *lucha por la existencia análoga* a la que existe entre los animales.

Por encima de esto existen las «desviaciones» del individuo que dominan y engendran conflictos. La «posesión» loca —que no tiene relación con ningún motivo de «conservación» del individuo o de la especie— surge al exterior de las leyes naturales, y por eso carece de límites. La «posesión» domina al «amor», sustituyéndolo por el odio y penetra en un ambiente «organizado» dificultando el desarrollo del trabajo, no entre los límites individuales, sino entre las organizaciones sociales. Así la división del trabajo se sustituye por la explotación del trabajo ajeno regulado por leyes de

«conveniencia» que imponen como principios sociales las consecuencias de las desviaciones humanas, cubiertas con las normas del «derecho». Así triunfa el error en la sociedad de los hombres y se impone por la «sugestión» de principios, presentados bajo la forma de órdenes morales y de la necesidad de existir. Todo se trastorna en la trágica y tenebrosa nube de la sugestión que impone el mal, bajo el manto del bien y todos acatan los sufrimientos que se derivan como de una necesidad.

El niño, que es por excelencia un ser natural, vive materialmente junto al adulto y se encuentra en todas las familias mezclado a las más diversas condiciones vitales. Pero permanece constantemente extraño a la labor social del adulto; su actividad no puede aplicarse a la producción social. Sí, es preciso inculcar este principio en nuestra conciencia, que el niño está fuera de la posibilidad de participar en la labor social del adulto. Simbolicemos el trabajo de un obrero en un forjador que golpea sobre el yunque con un martillo pesado: pues bien, el niño sería incapaz de desarrollar un esfuerzo semejante. Simbolicemos el trabajo intelectual en el de un hombre de ciencia que maneja instrumentos delicados en investigaciones complicadas y difíciles; el niño no podrá aportar tributo alguno en aquel campo. Pensemos también en el legislador que estudia leyes mejores: nunca podrá ser sustituido por el niño en esta labor.

El niño es completamente extraño a esta sociedad y podría expresar su posición con aquella frase evangélica: «Mi reino no es de este mundo». Es, pues, un ser apartado por completo de la organización formada por los hombres, fuera del mundo artificial que el adulto ha construido sobre la naturaleza. En el mundo donde penetra por el nacimiento, el niño es un *extrasocial* por excelencia. Se designa por *extrasocial* una persona que no puede adaptarse a la sociedad, que no puede tomar parte activa en sus labores productivas

ni en la regulación de sus organizaciones y por ello es un perturbador del equilibrio establecido. En efecto, el niño es aquel ser extrasocial que está siempre donde se encuentra el adulto, estorbando hasta en la casa de sus padres. Su falta de adaptación se agrava por la circunstancia de que es activo e incapaz de renunciar a su actividad. Por eso es preciso hacerle la guerra, obligándole a no intervenir, a no estorbar, combatiendo contra él hasta reducirlo a la pasividad. O se le confina a lugares especiales, que no son las cárceles donde se encierran los extrasociales adultos, sino lugares algo más adecuados que se llaman *nurseries* o escuelas. Lugares de relegación a los que el adulto condena al niño hasta que éste sea capaz de vivir en el mundo del mismo sin estorbar. Entonces puede ser admitido en la sociedad; pero primeramente se ha de someter al adulto como uno que haya perdido sus derechos civiles, pues su existencia civil es nula. El adulto es su dueño y señor y el niño ha de someterse siempre a sus órdenes que son inapelables y por consiguiente justas *a priori*.

El pequeñuelo procede de la nada y penetra en la familia del adulto, el cual a su lado es grande y poderoso como un dios, que sólo puede darle lo necesario para vivir. El adulto es el creador, la providencia, el dominador, el ejecutor; jamás nadie ha dependido de un modo tan absoluto y total como depende el niño del adulto.

El trabajo del niño

Pero el niño también es un trabajador y productor. Aunque no puede participar en la labor del adulto, tiene que efectuar su propia labor y es un trabajo grande, importante y difícil: es el trabajo de producir el hombre. Si de aquel recién nacido inerte, inconsciente, mudo, incapaz de mover-

se, se forma el individuo adulto, de formas perfectas, con la inteligencia enriquecida por las conquistas de la vida síquica y resplandeciente de la luminosidad que le da el espíritu, todo esto es obra del niño.

Es el que construye al hombre, él exclusivamente. En esta labor el adulto no puede sustituirle: la exclusión del adulto del «mundo» y de la «labor» del niño es más evidente y absoluta que la exclusión del niño del trabajo productivo de la *supernaturaleza* social donde reina el adulto. El trabajo infantil es de un orden y potencialidad muy distinta; casi podríamos decir que es opuesta; es un trabajo inconsciente realizado por una energía espiritual que está creando el momento. Es una labor creadora, que hace pensar en la descripción simbólica de la criatura bíblica: el hombre del que las escrituras dicen solamente que «fue creado». Pero, ¿cómo fue creado, cómo ocurrió que esta criatura viva recibiese los atributos de la inteligencia, el poder sobre todas las cosas de la creación, a pesar de proceder de la nada? Esto podemos verlo y admirarlo detalladamente en el niño; en cada niño. Este espectáculo maravilloso nuestros ojos lo contemplan cada día.

Lo que fue hecho, se hizo para que se reprodujese en todas las criaturas humanas cuando llegan al mundo de los vivos. Es la vida saliendo de la inmortalidad, donde todo perece y todo se renueva. Podemos repetirlo a cada momento en la simple evidencia de la realidad: «el niño es el padre del hombre». Toda la potencia del adulto procede de la posibilidad que ha tenido su «padre-niño» de realizar plenamente la misión secreta de que se halla investido. Lo que pone al niño en la situación de un verdadero trabajador es que no realiza la finalidad del hombre que ha de construir sólo meditando o descansando. No, su trabajo está hecho de actividad: crece con su propio ejercicio continuo. Y es preciso saberlo claramente: utiliza igualmente en este tra-

bajo el ambiente externo, es decir, el mismo ambiente que el adulto utiliza y transforma. Es con el ejercicio que el niño crece: su actividad constructiva es una verdadera labor que se echa materialmente sobre el ambiente exterior. El niño se ejercita y se mueve haciendo sus experiencias; es así como coordina sus movimientos y va registrando del mundo exterior las emociones que plasman su inteligencia, y va conquistando fatigosamente un lenguaje con actos milagrosos de atención y con esfuerzos iniciales posibles para él solo y con tentativas irreprimibles va apoyándose en sus pies, corriendo y buscando. Obrando así, obedece a un programa y a un horario como el escolar más aplicado del universo, con la misma constancia invariable con que se desplazan las estrellas en su trayectoria invisible. En efecto, a cada edad, podrá medirse la estatura del niño y habrá alcanzado los límites asignados: sabemos que el niño de cinco años habrá llegado a cierto límite de la inteligencia y a ocho años hasta otro nivel intelectual. Y el que le guarda sabe que a diez años podrá decir qué estatura alcanza y lo que sabe hacer porque el niño no desobedecerá al programa trazado por la naturaleza. El niño, a través de una actividad infatigable, llena de esfuerzos, de experiencias, de conquistas y de dolores, a través de duras pruebas y luchas fatigantes, desarrolla lentamente su labor difícil y gloriosa, alcanzando siempre nuevas formas de perfección. El adulto perfecciona el ambiente, pero el niño perfecciona el ser; sus esfuerzos son como el que camina sin descanso hasta llegar a la meta. Por consiguiente, la perfección del hombre adulto depende del niño.

Nosotros, los adultos, *dependemos* de él. Somos hijos y dependientes del niño, allí donde él labora; como el niño es hijo y dependiente nuestro, en el mundo de nuestra labor. Uno es dependiente en un campo, el otro depende en el otro campo. Y uno es señor en un campo, pero el otro es dueño

y señor en su propio campo. Por lo tanto ambos dependen uno de otro: son dos reyes que tienen reinos distintos.

Esta es la esencia de la armonía de toda la humanidad.

Comparación entre los dos tipos de trabajo

El trabajo del niño, estando constituido por acciones en relación con objetos reales del mundo exterior, puede estudiarse positivamente para buscar sus leyes y reconocer las vías de donde procede, a fin de compararlo con la labor del adulto. Adulto y niño tienen ambos una actividad inmediata a expensas del ambiente, consciente y voluntaria, la cual ha de considerarse propiamente como «trabajo». Pero además de esto, ambos tienen una finalidad en su trabajo que no es directamente consciente y voluntaria. No hay existencia vital, aunque se trate de seres vegetales, que no se desarrolle a expensas del ambiente. Esta frase no es propiamente exacta porque se refiere solamente a un juicio inmediato. Pero la misma vida es una energía del ambiente que tiende a mantener la creación, perfeccionando continuamente el ambiente que se iría disgregando y creándolo de modo permanente. Por ejemplo, los corales tienen como labor inmediata la de absorber el carbonato de cal del agua del mar para construirse una envoltura protectora, pero como finalidad, con relación al ambiente, la de crear nuevos continentes y como esta finalidad está muy alejada de la obra inmediata, puede investigarse tanto como sea posible alrededor de los corales en estudios científicos, sin encontrar nunca el continente. Así puede repetirse de todos los seres vivos, y más especialmente del hombre.

Una finalidad no inmediata, pero visible y cierta, es la de cada ser infantil que obra al ser adulto. Estudiando el niño por todas partes, o mejor dicho, el ser infantil, todo

podrá investigarse y conocerse, desde el átomo que constituye su materia, al detalle más ínfimo de cada función, pero nunca se encontrará al adulto en él.

Pero las dos finalidades lejanas del acto inmediato, comportan una labor a expensas del ambiente.

Quizá la naturaleza presenta en sus seres más simples, pruebas que permiten entrever algunos de sus secretos. Entre los insectos, por ejemplo, podemos citar dos verdaderas labores productoras: una es la seda, aquel hilo brillante con el que los hombres tejen sus más preciosas telas; otra es la tela de araña, aquel hilo sin consistencia y sucio, que los hombres se apresuran a destruir. Pues bien, la seda es el producto de un ser infantil y la tela de araña el de un ser adulto: sin duda se trata de dos trabajadores. Cuando se habla, pues, del trabajo del niño y de una comparación entre esta labor y la del adulto, se alude a dos especies distintas de actividad con finalidades diversas, pero ambas reales.

Pero lo que importa conocer es el carácter del trabajo infantil. Cuando un niño pequeño trabaja no lo hace para alcanzar una finalidad externa. El objeto de su labor es trabajar; cuando en la repetición de un ejercicio, pone fin a la actividad, este fin es independiente de los actos externos. En cuanto a los caracteres individuales, el final del trabajo no está relacionado con la fatiga, porque es característico del niño salir de su cansancio completamente vigorizado y lleno de energía.

Esto demuestra una de las diferencias entre las leyes naturales del trabajo en el niño y en el adulto: el niño no sigue la ley del esfuerzo mínimo, sino una ley contraria, pues aplica una cantidad enorme de energía a una labor sin finalidad y no sólo emplea energía propulsiva, sino también energía potencial en la exacta ejecución de todos los detalles. El objeto y la acción externa son medio de importancia pasajera en todos los casos. Es impresionante esta relación en-

tre los medios del ambiente y el perfeccionamiento de la vida interior, porque según el adulto éste es el concepto que informa la vida espiritual. El hombre que se encuentra en una esfera de sublimación, no se preocupa de las cosas exteriores; solamente las usa en el momento oportuno, de modo perfecto y suficiente para el perfeccionamiento interior. Por el contrario, el hombre que se encuentra en la esfera ordinaria, mejor dicho, en su propia esfera, se entretiene en las cosas, en las finalidades externas, hasta el sacrificio, perdiendo el alma y la salud.

Otro carácter diferencial claro e indudable, entre el trabajo del adulto y el del niño, es que el de éste no admite remuneración ni concesiones; es necesario que el niño cumpla por sí solo la labor de su crecimiento y que la efectúe por completo. Nadie podría asumir sus fatigas y crecer en su lugar. Tampoco sería posible que para llegar a ser un joven de veinte años, el niño buscara la manera de emplear menos tiempo. Así, pues, es propiedad característica del ser infantil que crece, la de seguir su programa y su horario, sin retrasos ni negligencia. La naturaleza es una maestra severa que castiga la más pequeña desobediencia, con lo que se llama «falta de desarrollo» o desviación funcional; es decir, enfermedad o anormalidad.

El niño posee un *motor* distinto del que tiene el adulto; el adulto actúa siempre por un cúmulo de motivos externos que exigen del mismo esfuerzos rígidos, el sacrificio, la dura fatiga. Y para esta misión es preciso que el niño lo haya elaborado bien, haciéndole hombre fuerte y robusto.

Por el contrario, el niño no se fatiga con el trabajo, se robustece; crece laborando y por esto el trabajo aumenta sus energías.

Éste nunca solicita de ser relevado de sus fatigas, siempre solicita efectuar su misión, completamente solo. La labor de crecimiento es su propia vida. «Trabajar o morir».

Sin conocer este secreto, el adulto no puede comprender la labor del niño. Y en efecto, no la ha comprendido. Por eso le impide de trabajar, suponiendo que el reposo es la situación más adecuada para su buen crecimiento. El adulto lo hace todo para el niño, porque se orienta según sus propias leyes naturales del trabajo: el mínimo esfuerzo y la economía del tiempo. El adulto más hábil y esbelto cuida de vestir y lavar al niño, de transportarlo en sus brazos o en su cochecito, de ordenar el ambiente que le rodea sin permitir que tome parte en su ordenación.

Cuando se deja al niño un poco de espacio «en el mundo y en el tiempo», éste, como primera manifestación en su defensa, proclama: «Yo, quiero hacerlo yo». En el ambiente adaptado al niño preparado en nuestras escuelas, fue pronunciada por los mismos niños la frase que expresa esta necesidad interior: «Ayúdame a hacerlo solo».

¡Cuánta elocuencia en esta expresión contradictoria! El adulto ha de ayudar al niño, pero para que pueda actuar y efectuar sus trabajos efectivos en el mundo. Esta frase describe no solamente la necesidad del niño, sino, también, la calidad del ambiente: ha de tener a su alrededor un ambiente vital, no un ambiente inerte. Porque no es un ambiente que ha de conquistarse y gozarse, sino un ambiente que facilite el establecimiento de las funciones; es evidente que el ambiente ha de ser animado directamente por un ser superior, por el adulto inteligente y preparado para esta misión. Y en ello difiere este concepto, ya sea de aquél en que el adulto lo hace todo por el niño, ya sea de un ambiente pasivo, donde el adulto pueda abandonar al niño.

Por consiguiente, no basta confeccionar objetos para el niño, de formas y dimensiones proporcionadas; es preciso preparar al adulto para que le auxilie.

LOS INSTINTOS-GUÍA

Existen dos formas vitales en toda la naturaleza animal: la vida del adulto y la vida infantil, bastante distintas y contrastantes.

La vida del adulto se caracteriza por la lucha: ya sea aquella de la adaptación al ambiente, escrita por Lamarck, ya sea la lucha de competencia y selección natural, tratada por Darwin, competencia y lucha que se desarrolla no sólo para que la especie sobreviva, sino también para la selección de la conquista sexual.

Lo que ocurre entre los animales adultos puede compararse al desarrollo de la vida social entre los hombres: esfuerzos continuos para conservar la vida y defenderse contra el enemigo, luchas y fatigas para la adaptación al ambiente; finalmente, el amor y la conquista sexual. A estos esfuerzos, y a la competencia entre las especies, atribuyó Darwin la evolución; es decir, el perfeccionamiento de los

seres y explicó el sobrevivir de los cuerpos, como los historiadores materialistas han atribuido la evolución histórica de la humanidad a las luchas y competencias entre los hombres.

Pero mientras en la explicación de la historia humana no existen otros argumentos posibles que las aventuras de los adultos, no ocurre lo mismo en la naturaleza. La verdadera clave de la vida, que en ésta se afirma y resiste mostrando las innumerables y maravillosas variedades de los seres, se halla en el capítulo reservado a la parte infantil. Antes de ser fuertes para la lucha, todos los seres fueron débiles y todos comenzaron por un estadio donde los órganos no podían adaptarse porque no existían. No existe ningún ser vivo que se inicie por el estado adulto.

Hay, pues, una parte oculta de la vida que debe poseer otros medios, otras formas, otras finalidades; muy distintas de las que se destacan en el vistoso juego entre el individuo robusto y el ambiente.

Este es el capítulo que podría titularse: «El capítulo infantil en la naturaleza», y en él se oculta la verdadera clave de la vida, porque lo que ocurre al adulto sólo lo pueden explicar los riesgos de la supervivencia.

Las observaciones de los biólogos sobre la vida infantil de los seres, han puesto al descubierto el aspecto más maravilloso y complejo de la naturaleza, el cual ha revelado realidades estupendas, posibilidades sublimes que llenan de poesía y casi de misticismo la vida natural entera. La biología en este campo ha logrado mostrar la parte creadora y conservadora de la especie, descubriendo los instintos impulsivos que se refieren a reacciones inmediatas entre los seres y el ambiente; pueden designarse por «instintos-guía».

En la biología se han agrupado siempre todos los instintos existentes en dos grupos fundamentales, según su finalidad, es decir, los instintos para la conservación del indivi-

duo y los que se refieren a la conservación de la especie. Todos ellos presentan aspectos de lucha, relacionados con episodios pasajeros, constituyendo choques entre el individuo y el ambiente; pero algunos son verdaderas guías vitales constantes, eminentemente conservadores.

Por ejemplo, entre los instintos de conservación del individuo, correspondería a la lucha episódica, el instinto de defenderse contra causas desfavorables o amenazadoras. Entre los de la conservación de la especie, corresponderían como instinto episódico los encuentros con otros seres bajo la forma opuesta de unión o de lucha sexual. Estos detalles episódicos, como más vistosos y violentos, fueron los primeros reconocidos y estudiados por la biología. Pero seguidamente fueron mejor estudiados los instintos de conservación del individuo y de la especie, por su lado conservador y constante.

Y éstos son los instintos-guía a los cuales va ligada la misma existencia de la vida en su elevada función cósmica; éstos, aunque constituyen reacciones hacia el ambiente, son sensibilidades interiores delicadas, «dentro de la vida»; así como el pensamiento puro es una cualidad completamente interior de la mente. Continuando el parangón, se podrían considerar como los pensamientos divinos que se elaboran en la intimidad de los seres vivientes y que después los aplican a las acciones sobre el mundo externo para actuar. Los instintos-guía, así como los caracteres impulsivos de las luchas episódicas, poseen una inteligencia y una sabiduría que conduce los seres a través de su viaje por el tiempo (los individuos) y hacia la eternidad (la especie).

Los instintos-guía son especialmente maravillosos, cuando se aplican a guiar y a proteger la vida infatil, inicial; cuando el ser es todavía casi inexistente y prematuro, pero encaminado a alcanzar su pleno desarrollo cuando no tiene todavía los caracteres de la especie, ni la fuerza, ni la resis-

tencia, ni las armas biológicas de la lucha, ni la esperanza de la victoria final, como premio permanente de la supervivencia. Quien le guía actúa como una forma de maternidad y como una forma de educación misteriosa, que permanecen ocultas, como el secreto de la creación de la nada. Eso asegura la salvación de lo que es inerte: quien no tiene materia, carece de forma en sí mismo para salvarse. Uno de estos instintos-guía se refiere a la maternidad: es aquel instinto maravilloso descrito por Fabre y los biólogos modernos como clave de la supervivencia de los seres: otro se refiere al desarrollo del individuo y fue tratado en los períodos sensitivos por De Vries.

El instinto de la maternidad no está únicamente relacionado con la madre, por cuanto es la procreatriz directa de la especie y tiene la máxima participación en esta misión protectora; lo está con los dos progenitores y quizás interviene en toda una sociedad de seres.

Estudiando más profundamente lo que se llama instinto materno, se llega a reconocerlo como una energía misteriosa, que no está necesariamente ligada a los seres vivientes, pero que existe como protección a la especie, aunque sin materia alguna, como se expresa en los *Proverbios*: «Yo estaba contigo en el Universo, antes de que nada existiera».

Por instinto materno, se designa el instinto-guía de la conservación de la especie. Hay algunas características que dominan este campo en todas las especies: y es un holocausto de todos los demás instintos existentes en el adulto, a los cuales va ligado la supervivencia de éste. El animal feroz puede manifestar una dulzura y ternura que contraste con su naturaleza; el pájaro que vuela para buscar su sustento, como para librarse de los peligros, se para y vigila el nido, procurando defenderle desde su interior, sin escapar. Los instintos que son instintos de la especie, cambian a veces de carácter improvisadamente. Además, en muchísimas

especies aparece la tendencia a la laboriosidad; cosa que no se encuentra nunca en los animales por sí mismos, porque en estado adulto, se adaptan a la naturaleza, tal como la encuentran. El nuevo instinto de protección de la especie, da pues lugar a un trabajo constructivo, que tiene por objeto preparar la madriguera y refugio de los recién nacidos: y cada especie y variedad tiene una guía determinada. Ninguno toma al azar la primera materia que encuentra o construye adaptándose al lugar; no, la instrucción es precisa y establecida. Por ejemplo, la manera de construir los nidos, es especial de los caracteres diferenciales de las diversas variedades de pájaros. En los insectos pueden admirarse estupendos ejemplos de construcción; en efecto, los alvéolos de las abejas son palacios de arquitectura geométrica perfecta, en la que una sociedad entera contribuye a su construcción para albergar a las nuevas generaciones. Hay otros ejemplos menos vistosos pero sumamente interesantes, como en las arañas, constructoras excepcionales, que saben tender redes complicadas y larguísimas a sus enemigos. De repente la araña cambia radicalmente su labor, y olvidando a su enemigo y a sus propias necesidades, comienza a confeccionar una bolsa pequeñita de tejido nuevo y tupido, finísimo y denso, completamente impermeable. De doble pared, constituye un refugio excelente en los lugares húmedos y fríos, donde viven algunas variedades de arañas. Es, pues, una sabiduría verdadera contra las exigencias del clima. En el interior de la bolsa, la araña depone sus huevos con seguridad. Pero lo más extraño es que la araña ama profundamente esta bolsa. En algunas observaciones de laboratorio se ha comprobado que esta araña de cuerpo viscoso y gris, donde buscándolo bien, no se llegaría a encontrar el corazón, puede morir de dolor ante el espectáculo desastroso al ver su bolsa estropeada o destruida. En efecto, la araña, donde puede, permanece tan adherida a su construcción que

la bolsa parece formar parte de su cuerpo. Ama pues la bolsa, pero no siente afecto por los huevos, ni por las arañas vivas que finalmente salen de aquéllos. Parece que ni siquiera se acuerda de su existencia. El instinto de esta madre le ha llevado a ejecutar una labor. Puede existir, pues, un «instinto sin objeto» que actúa irrefrenablemente, representando una obediencia a la orden interior de hacer todo cuanto es necesario y hacer amar todo lo que ha sido ordenado.

Las mariposas durante toda su vida han chupado el néctar de las flores, sin conocer otro atractivo, ni otra nutrición; pero llegado el momento de depositar sus huevos, nunca los ponen sobre las flores. Tienen otras directrices, cambian aquel instinto de la nutrición que pertenece al individuo y son arrastradas hacia un ambiente distinto, adecuado a la nueva especie, que necesita otros alimentos. Pero la mariposa no conoce estos alimentos, como tampoco conocerá nunca la especie que nacerá de ella misma. Por consiguiente, lleva en su interior una orden de la naturaleza, extraña a su ser. La cochinilla y otros insectos similares, nunca deponen sus huevos sobre las hojas que servirán de alimento a las pequeñas larvas, sino en la cara inferior de las mismas, para que queden protegidos. Semejante «reflexión inteligente» la hacen gran número de insectos, que nunca se nutren de las plantas elegidas para su prole. Estas conocen teóricamente el capítulo de la alimentación de sus pequeñuelos; también prevén los peligros de las lluvias y del sol.

El ser adulto que tiene la misión de proteger los nuevos seres, cambia, pues, sus propios caracteres y se transforma a sí mismo, como si hubiera llegado un tiempo en que la ley habitual que rige su vida, se cerrara porque se produce un gran acontecimiento en la naturaleza.

Es el milagro de la creación. Y entonces hacen otras co-

sas que no es vivir; pero puede decirse que es un rito que se cumple alrededor de este milagro.

Es, en efecto, uno de los milagros más brillantes de la naturaleza, el poder que tienen los recién nacidos, sin experiencia alguna, de orientarse y protegerse en el mundo exterior, guiados por instintos parciales en los períodos sensitivos. Estos instintos son una guía que conduce a través de las dificultades sucesivas y anima al ser, de vez en cuando, con el poder de impulsos irresistibles. Es evidente que la naturaleza no ha cedido al adulto la protección de los recién nacidos; tiene sus guías y vigila severamente su observancia. El adulto ha de colaborar solamente dentro de aquellos límites en que actúan los instintos-guía para la protección de la especie. Y muchas veces, como demuestran los peces y los insectos, los dos instintos-guía del adulto y del nuevo ser, actúan de manera separada e independiente; es decir, sin que nunca se encuentren en la vida los progenitores y sus hijos. En los animales superiores los dos instintos van conjuntamente al encuentro de las criaturas, desarrollándose una colaboración armoniosa. Y es en la confluencia de los instintos-guía maternos con los períodos sensitivos de los recién nacidos, donde nace el amor consciente entre progenitores e hijos. O bien se producen relaciones maternas, extendidas a toda una sociedad organizada, que actúan hacia los nuevos productos en su totalidad, y que son impersonalmente, los productos vivientes de la raza (como ocurre en los insectos sociables: las abejas, hormigas, etc.).

El amor y el sacrificio no son causa de la protección de la especie, sino efecto del instinto-guía animador, que tiene sus raíces en las profundidades del grandioso laboratorio creador de la vida y al que cada especie liga su supervivencia.

El sentimiento facilita la misión impuesta a las criaturas

y da al esfuerzo aquella delicia especial, que encuentran los seres en la perfecta obediencia a las órdenes de la naturaleza.

Si se quisiera abrazar en una visión única todo el mundo de los adultos, podría decirse que periódicamente se origina una desviación de las leyes que le son propias, de las leyes más vistosas de la naturaleza y que por consiguiente, se consideran absolutas e intangibles. Así quedan destrozadas estas leyes inamovibles; así se inutilizan, como si se dejara el paso a algo superior, y se doblegan ante hechos contrarios a las mismas leyes; es decir, se suspenden para secundar las nuevas leyes que aparecen en la vida infantil de la especie. Y así se mantiene la vida; son las suspensiones que la renuevan y permiten continuar eternamente.

Pero podemos preguntarnos: ¿Cómo participa el hombre en estas leyes de la naturaleza? Se dice que el hombre encierra en sí mismo, como en síntesis suprema, todos los fenómenos naturales de los seres inferiores a él; los resume y supera. Además, por el privilegio de la inteligencia, destaca con esplendor brillantísimo por el rumbo síquico que le rodea, constituido por imaginación, sentimiento y arte.

¿Cómo se exponen y bajo qué apariencias sublimes se manifiestan las dos vidas de la humanidad? Verdaderamente no aparecen las dos vidas. Si investigamos el mundo humano, hemos de decir que sólo se encuentra un mundo de adultos, donde domina la lucha, el esfuerzo de adaptación, el afán de la victoria exterior. Los hechos que se desarrollan en el mundo humano, convergen todos hacia la conquista y la producción, como si no debiera considerarse nada más. La fuerza humana choca y se gasta en la competencia, como el filo de una espada que golpea contra una coraza. Si el adulto considera al niño, lo realiza con aquella lógica que aplica a su misma vida: ve en él un ser distinto e inútil, que aleja de su presencia; o con lo que se llama edu-

cación, hace un esfuerzo para atraerlo prematuramente a la forma de su propia vida. Y actúa como actuaría (si fuera posible) una mariposa que rompiera el capullo de su ninfa para invitarla a volar, o una rana que extrajera del agua a sus renacuajos para hacerlos respirar por los pulmones y a cambiar en verde el color negro que no le agrada.

Así hace el hombre con sus hijos: el hombre le muestra sus perfecciones propias, la propia madurez, su ejemplo histórico, invitando al niño a imitarle. Los caracteres distintos del niño, nos hacen pensar en la necesidad de organizar un ambiente distinto y medios de vida adaptados a esta otra existencia.

¿Cómo puede explicarse una comprensión tan disparatada en el ser más elevado, más desarrollado y dotado de inteligencia propia, el dominador del ambiente, la criatura llena de poder, que puede laborar, respecto de los demás seres vivientes, con una superioridad inconmensurable?

El, que es el arquitecto, el constructor, el productor, el transformador del ambiente, hace por su hijo menos que una abeja, un insecto, menos que cualquier criatura.

¿Es posible que el instinto-guía más elevado y esencial de la vida, falte por completo a la humanidad... y que ésta sea completamente inerte y ciega ante el fenómeno más emocionante de la vida universal, de la que depende la existencia de la especie?

El hombre debería sentir paralelamente algo semejante a lo que sienten los demás seres, porque en la naturaleza todo se transforma, nada se destruye y son especialmente indestructibles las energías que dirigen el universo: éstas existen aún cuando se desvíen de su objetivo.

El hombre constructor, ¿dónde construye el nido destinado al niño? Debería inspirarse en una exaltación de belleza, donde el hombre desarrolle su arte más elevado; aquella que no se contamina y no se modela sobre ninguna necesi-

dad exterior, donde un impulso de amor generoso hace acumular riquezas que no se utilizan en el mundo de la producción. Son lugares donde el hombre siente la necesidad de suspender y olvidar sus caracteres consuetudinarios, donde percibe que la parte esencial que mantiene la vida no es la lucha. Y donde percibe, como una verdad que surge del abismo, que el superar a los demás no es el secreto de la supervivencia, ni la parte importante de la vida. Y es la preocupación, donde el abandono de sí mismo, parece contrariamente la verdadera esencia vivificante. ¿No existe algún lugar donde el alma aspire a romper las leyes férreas que la ligan al mundo de las cosas externas? ¿No se trata de la investigación ansiosa del milagro para continuar la vida? Y al mismo tiempo, ¿no es la aspiración hacia algo que se encuentra fuera de la vida individual, que va más allá, y se extiende hacia la eternidad? En esta vía se halla la salvación. En estos lugares el hombre siente la necesidad de la renuncia a su razonar fatigoso.

Porque todos éstos son los sentimientos que debería evocar el hombre, por hechos análogos a los que llevan a los seres vivientes a la suspensión de sus propias leyes, al sacrificio de sí mismos, con el fin de impulsar la vida hacia la eternidad.

Sí, hay lugares donde el hombre ya no siente la necesidad de la conquista, sino la necesidad de la purificación y de la inocencia, aspirando a la simplicidad y a la paz. En esta paz inocente, el hombre busca una renovación de la vida, casi una resurrección en el mundo opresor.

Sí, deben existir sentimientos grandiosos en la humanidad, distintos y opuestos a los de la vida ordinaria. Es la voz divina que nada puede desviarla, que llama a grandes gritos a los hombres para entretenerlos alrededor del Niño.

EL NIÑO MAESTRO

Encontrar los instintos-guía del hombre es una de las más importantes investigaciones a desarrollar en nuestros días. Hemos iniciado este estudio habiéndolo desarrollado de la nada hasta el principio; éste ha sido nuestro tributo. Esto abre una vía nueva de investigación porque los resultados hasta ahora obtenidos, son la prueba de la existencia de estos instintos y la primera indicación sobre la manera de estudiarlos.

Su estudio es posible únicamente en el niño normalizado, que vive libremente en un ambiente determinado por sus necesidades de desarrollo. Entonces aparece una nueva naturaleza del hombre, con tanta claridad, que sus caracteres normales se imponen como una realidad indiscutible.

Numerosas experiencias han mostrado una verdad que invade por igual dos campos: el de la educación y el de la organización social del hombre. Es evidente que la organi-

zación social de los hombres que tuvieron una naturaleza diferente de la conocida ordinariamente, debiera ser distinta; y es la educación que puede indicarnos el modo de normalizar también la sociedad del adulto. Esta sería una reforma social que no puede depender de una idea o de la energía de algunos individuos organizadores, pero de la cual surgiría lenta y constantemente un nuevo mundo en medio del viejo: el mundo del niño y del adolescente. De este mundo debieran desarrollarse lentamente las revelaciones, las guías naturales necesarias a la vida normal de la sociedad. Es verdaderamente absurdo suponer que reformas ideales o energías individuales puedan remediar un vacío tan enorme, como el que se hace en el mundo al niño reprimido y esclavizado.

Nadie podrá remediar los males siempre crecientes, que tienen su primeras raíces en el hecho de que los hombres son todos «anormales» porque su infancia no ha podido desarrollarse siguiendo las directrices de la naturaleza y por ello han sufrido desviaciones irremediables.

La energía desconocida que puede ayudar a la humanidad es la que se encuentra en el niño.

Ahora es tiempo de renovar aquella frase: «*Nosce te ipsum*» con que comenzaron todas las ciencias biológicas que han contribuido a mejorar la vida física del hombre, a través de la medicina moderna y de la higiene; señalando el nivel de una civilización más elevada; la civilización de la higiene física.

Pero en el campo síquico, el hombre todavía no se conoce a sí mismo. Las primeras investigaciones del «*nosce te ipsum*» físico se realizaron con la anatomía sobre cuerpos de hombres muertos: las primeras investigaciones sobre el «*nosce te ipsum*» síquico, sobre el hombre vivo recién nacido.

Sin estas consideraciones fundamentales, parece que no podrá existir ningún camino abierto al progreso, así como a

la supervivencia de la humanidad en nuestra civilización. Todos los problemas permanecerán sin solucionar en las cuestiones sociales, como han quedado insolubles los problemas relativos a la pedagogía científica moderna. Porque el perfeccionamiento de la educación puede tener una sola base; la normalización del niño.

Después de esto, los problemas pedagógicos son solubles, pero no se presentan por completo. Más aún: los resultados son insospechados y sorprendentes como milagros. Pero el mismo procedimiento es necesario para la humanidad adulta y para ésta sólo existe un problema verdadero; es el *nosce te ipsum*, es el conocimiento de las leyes ocultas que guían el desarrollo síquico del hombre. Pero este problema ya ha sido resuelto por el niño siguiendo un camino práctico. Fuera del mismo no se vislumbra salvación alguna prácticamente posible. Porque toda cosa buena cae sobre hombres desviados que buscan la posesión para sí y buscan la manera de adquirir los medios para el poder; y entonces queda destruido aquel bien antes de poder ser aplicado, transformándose en un objeto peligroso para la vida humana. Por eso es que toda cosa buena, todo progreso, todo descubrimiento, puede aumentar el malestar que aflige al mundo, como lo demuestran las máquinas, que son el progreso social más tangible para todos nosotros. Cualquier invento que podría engendrar elevación y progreso, puede usarse para la destrucción, para la guerra, para la industria que enriquece. Los progresos de la física, de la química, de la biología; los perfeccionamientos de los medios de transporte, no hacen más que agigantar los peligros de la destrucción, de la miseria, de la aparición de una barbarie cruel. Por ello nada podemos esperar del mundo externo, hasta que la normalización del hombre no se reconozca como la conquista fundamental de la vida social. Y solamente des-

pués de esto, todo progreso externo podrá aportar bienestar y una civilización más perfecta.

Por eso debemos considerar al niño como el faro de nuestra vida futura. Todo el que quiera alcanzar éxito en algo benéfico para la sociedad, debe apoyarse necesariamente en el niño, no solamente para salvarle de las desviaciones, sino también para conocer el secreto práctico de nuestra propia vida. Desde este punto de vista, la figura del niño se presenta potente y misteriosa, y hay que meditar sobre la misma, porque el niño, que contiene el secreto de nuestra naturaleza, se convierte en nuestro maestro.

LA MISIÓN DE LOS PADRES

Los padres no son los constructores del niño, pero son sus custodios. Han de protegerle y cuidarle en un sentido profundo, como asumiendo una misión sagrada que se extiende más allá de los intereses y de los conceptos de la vida exterior. Los padres son custodios supernaturales como la religión ha concebido los ángeles protectores, dependiendo única y directamente del cielo, más poderosos que cualquier autoridad humana y unidos al niño por lazos invisibles para éste, pero indisolubles. Para tal misión los padres deben purificar el amor que la naturaleza ha puesto en su corazón y comprender que este amor es la parte consciente de una guía más profunda, que no debe ser contaminada por el egoísmo ni por la inercia. Son los padres quienes deben ver y abrazar la cuestión social que se impone en nuestro presente: la lucha para establecer en el mundo los derechos de la infancia.

Se ha hablado mucho en estos últimos tiempos de los derechos del hombre y, en especial, de los derechos de los obreros, pero ha llegado el momento en que es necesario hablar de los derechos sociales del niño. La cuestión social de los obreros fue una cuestión fundamental de las transformaciones sociales, porque la humanidad vive únicamente del trabajo humano y por ello, de aquella cuestión dependía la existencia material de toda la humanidad. Pero si el operario produce lo que el hombre consume y crea en el mundo externo, el niño produce la misma humanidad; por ello, sus derechos son todavía más exigentes en reclamar transformaciones sociales. Es evidente que los cuidados más sapientes y perfectos deberían ser dedicados al niño por la sociedad humana, para recibir, a través del mismo, mayor energía y mayores posibilidades en la humanidad futura.

Por el contrario, el hecho de haber olvidado y descuidado los derechos del niño, de haberlo atormentado y destruido, de ignorar su valor, su poder y su esencia, debería suscitar un sentimiento que hiciera reaccionar a la humanidad de modo vehemente.

LOS DERECHOS DEL NIÑO

La sociedad no se había preocupado lo más mínimo del niño hasta el umbral de nuestro siglo. Lo abandonaba allí donde nacía: solamente a los cuidados de la familia. Como protección y defensa única del niño existe la autoridad paterna: que es un residuo de las normas del derecho romano de hace dos mil años. Durante tan largo período de tiempo la civilización avanzó considerablemente con leyes a favor del adulto, pero dejó al niño sin ninguna defensa social. Sólo le fueron reservados los medios materiales, morales e intelectuales de la familia donde había nacido. Y si en la familia no existe medio alguno, el niño tiene que desarrollarse en la miseria material, moral e intelectual, sin que la sociedad asuma la más pequeña responsabilidad por él. La sociedad no ha realizado hasta ahora, ninguna preparación de la familia para recibir y cuidar debidamente a los niños que pueden llegar a formar parte de la misma. El Estado,

que es tan riguroso en el despacho de documentos oficiales, que exige formalismos minuciosos y que es tan amante de reglamentar todo lo que lleva la más mínima responsabilidad social, no se preocupa en absoluto de comprobar la capacidad de los futuros padres, de proteger adecuadamente a sus hijos y de custodiar su desarrollo. No ha ofrecido a los padres ningún lugar de instrucción y preparación.

Quien quiere fundar una familia basta que se dirija al Estado, cumpliendo el único deber impuesto, que es el de celebrar el rito matrimonial. Considerando todo esto puede afirmarse que la sociedad, desde los tiempos primitivos, se desinteresó en absoluto de los pequeños operarios a los que la naturaleza confió la misión de construir la humanidad. Entre el incesante progreso en favor del adulto, aquéllos han quedado relegados como seres que no pertenecen a la sociedad humana: extrasociales, aislados, sin medio alguno de comunicación que permita a la sociedad darse cuenta de sus verdaderas condiciones.

Podrían ser víctimas, sin que la sociedad lo advirtiera. Y víctimas fueron. Víctimas propiciatorias, como reconoció la ciencia, cuando hace cerca de medio siglo, la medicina comenzó a interesarse por la infancia. Ésta, entonces estaba todavía más abandonada, no había médicos especialistas para la infancia, ni hospitales para el niño. Fueron las estadísticas, que revelaron una mortalidad tan elevada durante el primer año de existencia lo que produjo impresión profundísima. Se descubrió entonces que en las familias, aunque nacieran muchos hijos, pocos sobrevivían. La muerte de aquellos niños parecía tan natural, que las familias se habían habituado a ello, con la idea de que los niños no morían verdaderamente, sino que subían al cielo, constituía para todos una verdadera preparación espiritual para someterse con resignación a aquella especie de reclutamiento de angelitos por parte de Dios, que deseaba tenerlos a su lado.

Eran tantos los niños que morían por ignorancia y por falta de cuidados, que el fenómeno fue calificado de «matanza normal de los inocentes».

Se denunció el hecho y rápidamente se organizó una intensa propaganda, que hizo nacer una nueva responsabilidad en la conciencia humana. No bastaba que las familias dicran vida a sus hijos, tenían que salvar estas vidas y la ciencia indicó los medios para realizarlo: los padres y las madres debían asumir nuevas condiciones y recibir las instrucciones necesarias para practicar la higiene infantil.

Pero no solamente sufrían los niños en el seno de la familia: las observaciones científicas llevadas a cabo en las escuelas, constituyeron otra revelación impresionante de sus tormentos. Esto ocurrió en la última década del siglo pasado, en la misma época en que la medicina descubría y estudiaba las enfermedades originadas por el trabajo en los operarios, trazando los primeros pasos de la higiene social del trabajo, que estableció la base más positiva de la lucha social en favor de los obreros. Se vio entonces que, además de las enfermedades infecciosas por falta de higiene, los niños sufrían también enfermedades originadas por su trabajo.

Su labor se desarrollaba en la escuela, donde estaban encerrados y esclavizados, expuestos a un tormento obligado por la sociedad. El pecho estrecho, que daba una predisposición adquirida para la tuberculosis, era originado por las largas horas de inmovilidad inclinados sobre el pupitre para leer y escribir; la columna vertebral se curvaba por la misma posición forzada; los ojos eran miopes por el prolongado esfuerzo de mirar sin luz suficiente, y, en fin, todo el cuerpo deformado y casi asfixiado por su larga permanencia en lugares reducidos y cerrados.

Pero el tormento no era sólo físico; se comprobó que se extendía al trabajo mental. Los estudios eran forzados y los niños, constreñidos entre el tedio y el temor, tenían la mente

fatigada y el sistema nervioso exhausto. Eran perezosos, descorazonados, melancólicos, viciosos, sin confianza en sí, sin la hermosa alegría de la infancia.

La familia no se daba cuenta de ello. Lo que le preocupaba era que los niños pudieran pasar los exámenes e instruirse lo más rápidamente posible para economizar tiempo y dinero. No era la instrucción en sí misma, la elevación de la cultura que preocupaba a la familia: sino corresponder al llamamiento social, a la obligación impuesta; obligación que pesaba y costaba dinero. Lo que importaba era que los hijos llegaran a «poseer» el pasaporte social en el menor tiempo posible.

Las investigaciones realizadas entonces sobre los niños de las escuelas, pusieron de relieve otros hechos emocionantes; muchos niños pobres llegaban a la escuela completamente fatigados por la labor de la mañana. Antes de entrar en la escuela algunos habían andado algunos kilómetros para distribuir leche por las casas, ó habían corrido y gritado por las calles vendiendo periódicos o trabajado en casa. Y llegaban hambrientos y soñolientos con el único deseo de descansar. Estas infelices víctimas recibían mayor cantidad de castigos, porque no podían prestar atención a las enseñanzas del maestro y no comprendían sus explicaciones. El maestro, preocupado por su responsabilidad, y más aún por su autoridad, procuraba despertar el interés de aquellos niños exhaustos, por medio del castigo, impulsándoles a la obediencia por las amenazas. Les humillaba ante todos sus compañeros por su incapacidad y por su voluntad remisa. Así estos niños desgraciados pasaban la vida entre la explotación de la familia y los castigos de la escuela.

Fue tanta la injusticia revelada en aquellas primeras observaciones e investigaciones, que se produjo una verdadera reacción social, modificando rápidamente las escuelas y los reglamentos relativos. Se constituyó una nueva rama impor-

tante de la medicina: la *higiene escolar* que ejerce una acción protectora y regeneradora sobre todas las escuelas oficiales de los países civilizados. El médico y el maestro de ahora se encuentran asociados en beneficio de los escolares. Esta fue, podemos decir, la primera sanción social de un error antiguo e inconsciente de toda la humanidad, señalando el primer paso hacia la redención social de la infancia.

Si se mira hacia atrás, antes de aquel despertar inicial, y se recorre el camino de la historia, no se encontrará ningún hecho saliente que revele el reconocimiento de los derechos del niño o una intuición de su importancia. Sin embargo, Cristo les llamó para indicar al adulto cómo debía guiarle hacia el reino de los cielos, advirtiéndole de su ceguera. «Si no te conviertes y no llegas a ser semejante a este niño, no podrás entrar en el reino de los cielos». Pero el adulto continuó preocupándose únicamente de convertir al niño, presentándose a sí mismo como ejemplo de perfección. Parece que esta terrible ceguera del adulto ha sido incurable. Misterio del alma humana. Esta ceguera ha sido un fenómeno universal, tan antiguo como la misma humanidad.

En efecto, en toda aspiración educativa y en toda la pedagogía antigua hasta la de nuestros días, la palabra educación fue siempre sinónimo de la palabra castigo. Y su finalidad fue siempre la de someter el niño al adulto, que se sustituye a la naturaleza, poniendo sus argumentos y sus fines en el lugar de las leyes de la vida. La misma Biblia entre los proverbios de Salomón indica así a los hombres sus deberes de educadores: «No economizéis los azotes a vuestros hijos», porque el regatearlos significa odiarles; quiere decir condenar vuestros hijos a las penas del infierno.

Y después de millares de años no ha cambiado mucho la situación. En las diversas naciones, existen distintos usos familiares para castigar a los niños. En las instituciones privadas de educación, muchas veces se especifican los castigos

en uso, como se presentaría la insignia o el escudo de armas. Algunas usan humillaciones, como colgar carteles infamantes en la espalda, colocar sobre la cabeza orejas de asno, o exponer el alumno a una verdadera picota, de modo que el que pase delante del castigado, se ría del mismo y le insulte. También hay castigos que son tormentos físicos: permanecer de pie durante varias horas, de cara a un rincón del aula, fatigándose y aburriéndose sin hacer nada, sin ver nada, condenado a mantenerse en el castigo por su propia voluntad.

Otro castigo consiste en permanecer arrodillado sobre el pavimento con las rodillas desnudas, o ser azotado o zurrado públicamente. Un refinamiento moderno de crueldad viene del principio ideal de unir la escuela y la familia en un mismo simulacro de educación; principio que se ha resuelto organizando la escuela y la familia en el castigo, para tormento del niño. El alumno castigado en la escuela, tiene la obligación de anunciar su sentencia en casa del padre, para que éste se una al maestro en el castigo y en las reconvenciones; y se halla obligado a traer a la escuela la firma del padre como prueba de que ha seguido su curso la propia denuncia, enterándose de ella el otro ejecutor, que se asoció en principio a los perseguidores de su propio hijo.

Ningún defensor. ¿Dónde está el tribunal de justicia, ante el que pudiera recurrir el niño, como pueden recurrir los condenados por cualquier delito? No existe.

¿Dónde está el amor que pudiera servir de refugio consolador para el niño? No existe tampoco. Escuela y familia están de acuerdo en castigar, porque si así no fuera sería menguado el castigo y disminuida la educación.

Pero la familia no necesita del reclamo de la escuela para castigar a los niños. Las investigaciones realizadas recientemente sobre los castigos usados en las familias demostraron que hasta en nuestros días no existe nación alguna donde no se castiguen los niños en familia. Estos castigos consisten en

gritos violentos, ofensas con palabras insultantes, bastonazos, abofeteos, pellizcos, asustar al niño durante largo tiempo, encierro en habitaciones oscuras y pavorosas, amenazas con peligros fantásticos, sustraídos de las pequeñas distracciones y consuelos que son el único refugio de la esclavitud perpetua o la compensación de los tormentos inconscientemente soportados: como ir a jugar con los compañeros, comer golosinas o frutas. Y en fin hay todavía el ayuno como castigo familiar, impuesto especialmente por la noche: «vete a la cama sin cenar», y el sueño es agitado toda la noche por la pena y por el hambre.

Aunque los castigos se han ido atenuando rápidamente en las familias cultas, todavía se usan; y las maneras bruscas, la voz dura, severa y amenazadora constituyen el tratamiento más corriente del adulto para el niño. Parece natural que el adulto tiene el derecho de pegar al niño; y la madre se esfuerza en considerar un deber el abofetearle.

No obstante, han sido abolidos para el adulto los castigos corporales, pues rebajan el nivel de la dignidad y constituyen una vergüenza social. ¿Puede concebirse mayor vileza que ofender y perseguir a un niño?

Es evidente que la conciencia de la humanidad se halla sumergida en un sueño profundísimo.

El progreso de la civilización no depende en la actualidad del progreso individual, no proviene de la llama ardiente del alma humana; es el avance de una máquina insensible, impulsada por una fuerza externa. Su energía motriz emana del ambiente, como un enorme poder impersonal, que deriva de la sociedad entera, la cual funciona inexorablemente. ¡Adelante, siempre adelante!

La sociedad es como un inmenso convoy ferroviario que avanza con una velocidad vertiginosa hacia un punto lejano, mientras que los individuos que la componen son como los viajeros, que duermen en el interior de los compartimientos.

Y en aquella conciencia adormecida, reside el obstáculo más poderoso para recibir un auxilio vital, una verdad salvadora. Si así no fuera, el mundo podría progresar rápidamente: no existiría el contraste peligroso entre la velocidad cada vez mayor en el transporte de la materia y la rigidez del espíritu humano, cada vez más profunda. El primer paso, el más difícil, en todo movimiento social hacia un progreso colectivo, es la labor abrumadora de despertar la humanidad adormecida e insensible, obligándola a escuchar la voz que la llama. En la actualidad es absolutamente necesario que la sociedad entera se acuerde del niño y de su importancia, remediando con toda urgencia el peligro que constituye el gran abismo sobre que se apoya. Es preciso que este abismo se llene, construyendo el mundo para el niño y reconociendo sus derechos sociales. El mayor delito que comete la sociedad es el de disipar el dinero que debiera emplear en sus hijos: malgastándolo para destruirlos y destruirse. La sociedad ha sido para los niños como un tutor que hubiese dilapidado el capital perteneciente a su pupilo. El adulto malgasta y construye para sí solo, mientras es evidente que gran parte de su riqueza debiera destinarse al niño. Esta verdad es innata en la vida misma; mostrándola los animales y hasta los insectos más humildes. ¿Para quién acumulan el alimento las hormigas? ¿Para quién fabrican la miel las abejas? ¿Para quiénes buscan los pájaros el alimento y lo llevan al nido? No hay ningún ejemplo en la naturaleza de que los adultos lo devoraran todo, dejando a su prole en la miseria.

Nada se hace para el niño: apenas se procura conservar su cuerpo en la vida vegetativa. Cuando la sociedad disipadora tiene evidente necesidad de dinero, lo saca de las escuelas y especialmente de las escuelas de los pequeñuelos, del refugio de los gérmenes de la vida humana. Lo saca de donde no hay brazos ni voces para su defensa. Esto es lo más inícuo entre los delitos de la humanidad y el más absurdo

de sus errores. La sociedad ni siquiera se da cuenta que destruye dos veces, cuando con su dinero hace instrumentos de destrucción: destruye no haciendo vivir, y destruye haciendo morir. Ambas cosas son un error único, porque precisamente no haciendo desarrollar la vida, los hombres han crecido de modo anormal.

Es necesario, pues, que los adultos se organicen de nuevo y esta vez no para sí mismos, sino para sus hijos. Es preciso que sean los adultos quienes levanten la voz por un derecho, que no se ve, por una ceguera rutinaria, pero que una vez visto, es indiscutible. Si la sociedad fue un tutor infiel del niño, se le deben restituir sus bienes y hacerle justicia.

Una misión poderosa se presenta a todos los padres: ellos solos pueden y deben salvar a sus hijos, porque tienen medios de organizarse socialmente y por consiguiente, actuar en la práctica de la vida social. Su conciencia debe sentir la fuerza de la misión que les confió la naturaleza; una misión que les sitúa por encima de la sociedad, que les hace dominadores de todas las situaciones materiales, porque entre sus manos está el futuro de la humanidad: la vida. Si no lo hacen así, obrarán como Pilatos.

Pilatos hubiera podido salvar a Jesús. Lo hubiera podido, pero no lo hizo.

La multitud agitada por los prejuicios antiguos, las leyes vigentes y las costumbres reclamaban al Redentor y Pilatos permaneció indeciso, inerte.

—Qué debo hacer —reflexionó—, si éstas son las costumbres dominantes.

Y se lavó las manos.

Tenía el poder de decir: «No, no quiero», pero nada dijo.

Y como Pilatos hacen los padres de nuestros días: abandonan a sus hijos a la costumbre social que es poderosa y constituye una necesidad.

Por esto se produce el drama social del niño: la sociedad

abandona al niño, sin sentir responsabilidad alguna, a los cuidados de la familia; y ésta, por su parte, entrega los niños a la sociedad que los encierra en una escuela, aislándoles de todo control familiar.

Así el niño repite la dramática pasión de Cristo que pasa de Herodes a Pilatos agitado entre los dos poderes que le abandonan respectivamente a la responsabilidad del otro.

Ninguna voz se levanta en su defensa; sin embargo, hay una voz que hubiera podido defenderle, la de la sangre, el poder de la vida, la autoridad humana de los padres.

Cuando se despierte la conciencia de los padres, éstos no actuarán como Pilatos, que para defender al Mesías, negó su divinidad, lo encadenó y azotó, siendo el primero en humillarle, diciendo: «¡Ecce homo!»

Este acto la historia lo califica como el primer episodio de la pasión de Cristo y no como defensa en Su favor.

¡Ecce homo!

Sí, el niño pasará a través de la Pasión de Cristo.

Pero la iniciación de todo está en aquel *Ecce homo*; aquí el hombre, no está Dios en él, está vacío y ya ha sido humillado y azotado por la autoridad superior que podía defenderle.

Después ha sido arrastrado por la multitud, por la autoridad social.

La escuela ha sido un lugar de pena profunda para el niño. Aquellos edificios grandes parecen haber sido contruidos para una multitud de gente adulta, donde todo es proporcionado al adulto; las ventanas, las puertas y corredores grises, las aulas lisas y desnudas; allí dentro, el niño de muchas generaciones, revistió el uniforme negro de luto, que duraba todo el período de su infancia. En el dintel de la puerta la familia le dejaba solo, abandonado, porque aquella puerta

le estaba prohibida: era la separación de los dos campos y de las dos responsabilidades. Y el niño lloroso y sin esperanza, con el corazón oprimido por el temor, parecía leer sobre la puerta la inscripción dantesca:

Por mí se va a la ciudad doliente,
por mí se va tras la perdida gente.

Era una voz severa y amenazadora que le invitaba a entrar simultáneamente con los demás compañeros desconocidos, considerados en masa como seres malos que hay que castigar:

«Ay de vosotros, almas depravadas.»

¿Y dónde tendrá que ir?

Irá donde quiera el que ordena y manda. Ya ha sido clasificado y alguien hará como Minosa que plegando la cola alrededor de su cuerpo, indicaba al alma perdida a qué rincón estaba destinada: si a la I, o II, o III, o IV donde se sufren penas eternas, sin escapatoria posible.

Cuando ha entrado allí dentro en el lugar que se le ha destinado, una maestra *cerrará la puerta*. Desde entonces ella es dueña y señora; mandando aquel grupo de almas, sin testigos ni control.

La familia y la sociedad han cedido los niños a su autoridad. Los hombres han esparcido al viento su semilla lastimera y éste la ha hecho caer allí. Aquellos miembros delicados, temblorosos, quedan encadenados a la barra por más de tres horas de agonía, tres y tres, y muchos días, meses y años.

Las manos y los pies se clavan en el banco por las miradas severas que obligan a tenerlos más inmóviles que los clavos de la cruz de Cristo. Los dos pequeños pies unidos y quietos y las dos manecitas unidas y fijas apoyadas sobre el banco. Y cuando en aquella mente, sedienta de saber y de ver-

dad, se habrán impuesto las ideas del maestro, que las introduce forzosamente y como mejor le parece, la pequeña cabeza humillada por la sumisión, parecerá sangrar por la corona de espinas.

¡Ah! Aquel corazón lleno de amor, será atravesado por la incompreensión del mundo como por una espada. Y parecerá amargo lo que la cultura le ofrece para apagar su sed.

Ya está dispuesto el sepulcro del alma que no puede vivir, con todas sus mascaradas y cuando habrá sucumbido, numerosos soldados de guardia estarán allí para que no resucite.

Pero el niño resucita siempre y vuelve fresco y radiante para vivir entre los hombres.

Como dice Emerson: «El niño es el eterno Mesías que siempre desciende entre los hombres caídos, para conducirlos al reino de los Cielos».

INDICE

<u>CAPIT.</u>	<u>Págs.</u>
<i>Prólogo a la primera edición castellana</i>	11
<i>Prólogo a la presente edición</i>	15
<i>Prefacio. — La infancia, cuestión social</i>	19

PRIMERA PARTE

1	EL SIGLO DEL NIÑO	27
	<i>El sicoanálisis y el niño</i>	29
	<i>El secreto del niño</i>	31
2	EL ACUSADO	35

<u>Caps.</u>		<u>Págs.</u>
3	INTERMEDIO BIOLÓGICO	41
4	EL RECIÉN NACIDO	49
	<i>El ambiente supernatural</i>	49
5	LOS INSTINTOS NATURALES	59
6	EL EMBRIÓN ESPIRITUAL	63
	<i>La encarnación</i>	63
7	LAS DELICADAS CONSTRUCCIONES SÍQUICAS	75
	<i>Los períodos sensitivos</i>	75
	<i>Investigando los períodos sensitivos</i>	81
	<i>Observaciones y ejemplos</i>	88
8	EL ORDEN	93
	<i>El orden interno</i>	102
9	LA INTELIGENCIA	109
10	LOS CONFLICTOS EN EL CAMINO DEL DESARROLLO	123
	<i>Dormir</i>	123
11	ANDAR	129
12	LA MANO	135
	<i>Acciones elementales</i>	140
13	EL RITMO	145

<u>Caps.</u>		<u>Págs.</u>
14	LA SUSTITUCIÓN DE LA PERSONALIDAD . . .	149
	<i>El amor al ambiente . . .</i>	152
15	EL MOVIMIENTO	155
16	LA INCOMPENSIÓN	161
17	INTELECTO DE AMOR	165

SEGUNDA PARTE

18	LA EDUCACIÓN DEL NIÑO	173
	<i>Los orígenes de nuestro método . . .</i>	178
19	LA REPETICIÓN DEL EJERCICIO	185
20	LA LIBRE ELECCIÓN	189
21	LOS JUGUETES	193
22	RECOMPENSAS Y CASTIGOS	195
23	EL SILENCIO	197
24	LA DIGNIDAD	201
25	LA DISCIPLINA	207
26	LA PRIMERA ENSEÑANZA	209
	<i>La escritura — La lectura . . .</i>	209
27	PARALELOS FÍSICOS	215

<u>Cap.</u>		<u>Págs.</u>
28	CONSECUENCIAS	217
29	NIÑOS PRIVILEGIADOS	225
30	LA PREPARACIÓN ESPIRITUAL DEL MAESTRO . .	233
31	LAS DESVIACIONES	239
32	LAS FUGAS	243
33	LAS BARRERAS	247
34	CURACIONES	251
35	EL ASPECTO	255
36	LA POSESIÓN	257
37	EL PODER	261
38	COMPLEJO DE INFERIORIDAD	265
39	EL MIEDO	271
40	LAS MENTIRAS	275
41	REFLEJOS SOBRE LA VIDA FÍSICA	281

TERCERA PARTE

42	CONFLICTO ENTRE EL ADULTO Y EL NIÑO . .	289
43	EL INSTINTO DEL TRABAJO	293

<u>Caps.</u>		<u>Págs.</u>
44	CARACTERÍSTICAS DE LOS DOS TIPOS DE TRABAJO	299
	<i>El trabajo del adulto</i>	300
	<i>El trabajo del niño</i>	303
	<i>Comparación entre los dos tipos de</i> <i>trabajo</i>	306
45	LOS INSTINTOS-GUÍA	311
46	EL NIÑO MAESTRO	321
47	LA MISIÓN DE LOS PADRES	325
48	LOS DERECHOS DEL NIÑO	327

EL NIÑO EL SECRETO DE LA INFANCIA

Maria Montessori

Educar al niño no es transmitirle cultura sino facilitarle el hallazgo de su propio yo, con todas las riquezas de esa maravilla que es su mundo interior. La etapa más propicia para realizar esta tarea son los primeros años de la vida del pequeño.

Este fue el descubrimiento de la gran educadora Maria Montessori, que introdujo la revolución pedagógica más importante del siglo XX. El objetivo de esta forma de enseñanza es sin duda lograr el desarrollo armónico de un ser humano más completo y dinámico, pero a partir del principio mismo de su existencia: los primeros años de la infancia.

El método Montessori tiene como factores centrales de su pedagogía la importancia decisiva del ambiente en que el niño crece y se descubre a sí mismo en medio de su mundo, y el respeto absoluto a la personalidad del educando.

Los "milagros" logrados por la autora del método han impresionado a todos los que de alguna manera intervienen en la educación de los infantes y los niños, y su influencia se ha extendido ya a todos los países del mundo. Por esta razón **EL NIÑO EL SECRETO DE LA INFANCIA** es un libro para el profesionalista de la educación, así como para los padres de familia.

ISBN 968-13-1317-8